andalán

Periódico quincenal aragonés. Número 458. 1.ª quincena septiembre 1986. 175 pesetas

Director: Eloy Fernández Clemente. Redactor jefe: Antonio Peiró
Edita: ANDALAN, S. A. San Jorge, 32, principal. Zaragoza. Teléfono: 39 67 19
Imprime: Comercial de Publicaciones Aragonesas, S. A. Depósito legal: Z-558-1972

Dignidad y orgullo del jornalero andaluz

La conciencia puede permanecer tranquila cuando se piensa que el problema campesino ha quedado resuelto mediante la eliminación —desaparición— del propio campesinado; por eso parece un molesto resto del pasado que hoy existan campesinos sin tierra, jornaleros andaluces parados, que además luchan, y construyen heterodoxas fórmulas organizativas y novedosos modos reivindicativos. El jornalero andaluz, y su secular lucha por la tierra, sería un protagonista decimonónico cuyo sitio estaría en los libros, libros y estudios que no dudan en afirmar su razón política, su razón moral... pero en el pasado.

Diego Cañamero es secretario general del Sindicato de Obreros del Campo (SOC) y está procesado, junto con otros centenares de compañeros, por la ocupación de la finca El Garrotal, situada en el término municipal de El Coronil. Ahora estamos en el presente, un presente que repite la viejísima historia —casi dos siglos— de ocupación de fincas y de reivindicación de tierra y de trabajo por parte del proletariado rural andaluz. Con la significación añadida de que en El Coronil las ocupaciones de fincas han sido práctica habitual desde que las tierras pertenecieran a la casa ducal de Medinaceli, y de que las luchas de sus vecinos hayan sido tema de los mejores estudios sobre las agitaciones campesinas andaluzas.

Por eso ahora no puede dejar de impresionar la dignidad histórica del jornalero andaluz, su orgullo asentado en la conciencia de ser el último extremo de una larga historia que enlaza con la lucha de 6.000 jornaleros armados, dirigidos por Pérez del Alamo, contra el ejército (1861), con los motines de Montilla (1873), con Casas Viejas... Algo ha cambiado: los braceros no son reprimidos violentamente ni tiroteados, ahora la Policía los transporta amablemente en brazos; consecuentemente, el jornalero andaluz adopta formas no violentas en el desarrollo de sus luchas: ocupan pacíficamente las fincas o nomadean pacíficamente por el Retiro y por la Corte.

Este cambio es importante si se hacen comparaciones con el pasado más inmediato. Pero también queda la posibilidad del procesamiento y de la cárcel, lo que no es precisamente una forma de represión. Algo no ha cambiado, y es el secular derecho del jornalero andaluz a la propiedad y al uso de la tierra que *le fue usurpada por la nobleza a mediados del siglo XIX*. Por ejercer este derecho y por defender esta reivindicación han sido perseguidos por los poderes del Estado siempre, durante la Restauración, por la democrática República de hace cincuenta años y hoy, a lo que vemos, por la monarquía democrática y el Gobierno socialista. Que nadie se escandalice por una constatación que está muy lejos de ser demagógica; lo escandaloso es la realidad, la persistencia secular de injustas estructuras de propiedad y la continuidad histórica, a finales del siglo XX, del jornalero sin tierra y sin trabajo.



Pablo Moreno Medrano «Tonelero».

Número extraordinario sobre:

La Rioja

Entrevistas: Amancio Prada
José Ramón Marcuello

Cartillas turolenses

Una colección indispensable



*Las **Cartillas Turolenses** ponen al alcance de todos cuanto debemos saber sobre la compleja y varia realidad de Teruel. Están escritas por especialistas, en lenguaje sencillo y actual, y abordan con profundidad y rigor todos los temas básicos turolenses.*

*Estas **Cartillas** pretenden ser un instrumento útil y directo, incluso a nivel escolar, para un mejor conocimiento de Teruel. El conocimiento de su realidad abre a los pueblos el camino hacia el futuro.*

Próximos títulos

Aproximación a la estructura económica de la provincia de Teruel
Jorge Infante Díaz

Aspectos antropológicos de la casa en la provincia de Teruel
Rosario Otegui Pascual

Arte rupestre en la provincia de Teruel
Antonio Beltrán Martínez

INFORMACIÓN Y SUSCRIPCIONES:
Apartado de correos 77 - 44080 TERUEL • Teléfono 974 / 60 17 30
Ejemplar suelto: 400 pesetas • Suscripción por un año (6 números): 2.000 pesetas

INSTITUTO DE ESTUDIOS TUROLENSES
Excma. Diputación Provincial de Teruel
Adscrito al Consejo Superior de Investigaciones Científicas

La Rioja hermana

En esta interminable construcción de la nueva España democrática, la asignatura del Estado autónomico camina demasiado lenta y con notables contradicciones. Se da, así, el caso, de que por lógica centrífuga, cada comunidad autónoma camina a su aire y ritmo, construye su futuro, promueve su cultura, rehace sus señas de identidad y... se distancia, más por ignorancia mutua que por otras razones, de los pueblos vecinos de esa España que tanta sangre costó edificar, no siempre con acierto.

Sin duda, los más altos aparatos del Estado funcionan con mayor o menor eficacia; los parlamentos autónomos intercambian experiencias y legislan dentro de la norma constitucional y aun de otras menores, para evitar un cantonalismo que a nadie conviene; el partido del Gobierno emite frecuentes instrucciones, escuchadas sobre todo allá donde también gobierna territorialmente, y legisla en ocasiones con una desconfianza jacobina —véase la LOFCA, la LOAPA, etcétera— digna de mejores esfuerzos. Y es que, dentro de esa dinámica que ha ido reconociendo desde «Madrid», a regañadientes y a remolque, gracias al empuje catalán, vasco, quizá gallego y andaluz, luego los demás, las singularidades culturales y socioeconómicas y, por ellas, las políticas de los pueblos de España, nadie o casi nadie ha pensado en que la nueva construcción del mapa total pasa por el entendimiento desde abajo de esos pueblos.

Entre nuestros vecinos, con los que Aragón ha tenido siempre a gala una relación franca y cordial en todos los casos, ha destacado siempre Cataluña, por razones obvias de emigración tradicional, de relaciones económicas muy amplias; a ello hemos dedicado desde los comienzos, hace catorce años, de ANDALAN, numerosas páginas. Hace tiempo que pensábamos, y ha llegado el momento de ocuparnos —para dar a conocer entre los lectores aragoneses su realidad palpitante— de otras colectividades vecinas, y hemos pensado comenzar por La Rioja. Tierra tan próxima y convencional que en ocasiones no tan remotas parecimos casi una misma cosa, en estilo de vida y carácter de los pueblos, en relaciones materiales, en proximidad de problemas, en la unión natural que produce el Ebro, en la pertenencia a una misma Universidad, que hoy parece revitalizarse, al fin, para el país vecino.

Vayan, pues, al filo casi de las fiestas mayores de Logroño estas páginas especiales que traen algo, un poco, de lo mucho que La Rioja tiene que mostrar a propios y ajenos. Con la fraterna simpatía de quien escancia, amigable, y lo comparte, un vaso de buen vino.



Catedral de Calahorra.

La industria riojana ante la CEE

Emilio Barco Royo

Este sector de la economía riojana, ocupa el espacio más importante de la misma, aportando el 45,78 % del valor añadido bruto regional, y ocupando el 39,5 % de la población activa.

De todos los grupos industriales destacan en La Rioja los de alimentación, bebidas y tabaco, textil, calzado y maderas.



«Con el buen vino que distéis», César López Varea.

Quizá el aspecto más destacable de la industria en esta región lo constituya la ausencia de complejos industriales integrados. La estructura industrial de La Rioja se basa en muchos casos, en recursos naturales propios lo que le da unas características diferenciadoras de lo que ha sido el desarrollo industrial en este país.

En casi todos los grupos industriales existen gran número de empresas de carácter familiar, que se enfrentan a partir de nuestro ingreso en la CEE la necesidad de realizar un esfuerzo de reestructuración en tecnología y gestión, que les permita seguir siendo competitivas.

De forma esquemática, e intentando no caer en los tópicos que constantemente se repiten en estos casos, trataremos de señalar para los principales grupos industriales de nuestra región, las posibles repercusiones que les puede plantear nuestra integración en la CEE.

CONSERVAS

El mercado comunitario, está hoy principalmente abastecido por Italia en tomate y peras en almíbar, Grecia en frutas en almíbar, Francia en guisantes, judías y champiñón y Holanda y Bélgica en transformados de patata, guisante y zanahoria.

Las industrias conserveras riojanas se van a enfrentar en el caso del tomate con la importante agresividad comercial que presentan las empresas italianas, que sin duda van a intentar en breve plazo de tiempo, captar el mercado español hasta hoy protegido por los derechos arancelarios españoles.

Nos atrevemos a pensar que en algunos productos como tomate y frutas en almíbar, es preciso realizar un esfuerzo por consolidar el mercado interior más que intentar la búsqueda de otros nuevos.

Respecto a la captación de nuevos mercados, hemos de señalar que la presencia de productos riojanos en Europa es más bien escasa, excepción hecha de espárrago y alcachofa, lo que pone en evidencia la inexistencia de la adecuada red comercial de los países comunitarios. Bajo esta óptica no es difícil preveer que las potentes redes comerciales de Bélgica y Holanda, principalmente, se interesen a medio plazo por nuestras producciones, especialmente de aquellas caracterizadas por su calidad.

Estos factores creemos van a provocar una restructuración en el sector con la reducción del número actual de empresas, la mejora de la tecnología empleada y el acceso a las grandes redes comerciales.

Quizá el segmento más afectado por este proceso sea el de las empresas de mediana dimensión, «sobreviviendo» las grandes y las que casi podemos considerar familiar-artesanales.

VINO

Casi todos los empresarios de este sector coinciden en que la entrada en la CEE será beneficiosa para el mismo a medio plazo, esto es, a medida que se vaya produciendo el desmantelamiento arancelario.

Este factor sin duda facilitará nuestras exportaciones a la Comunidad, pero por sí sólo difícilmente ampliará de forma considerable el volumen exportado.

Hemos de pensar en la necesidad de reforzar nuestra imagen de calidad en el exterior, mediante el esfuerzo de promoción adecuado, al mismo tiempo que se consolide la red de exportación de vino de Rioja.

MADERA

Este sector va a necesitar abordar dos cuestiones fundamentales para su desarrollo: Los nuevos diseños y la promoción.

Ambas cuestiones parece difícil puedan ser abordadas dada la situación actual del sector, pequeña dimensión de las empresas. Ante ello, parece lógico pensar en la fusión de empresas o bien en la creación de un ente encargado de ambas cuestiones para el conjunto del sector.

TEXTIL

Este sector deberá hacer frente a medio plazo al sector textil de la Comunidad y especialmente al portugués, que hasta ahora no era rival por la protección aduanera.

La situación de este grupo en La Rioja, le permite afrontar esta etapa en buenas condiciones, aún a pesar de existir grandes incertidumbres, pero que sin duda son generales para todo el sector en el ámbito de la CEE.

No es arriesgado pensar que la competencia del sector comunitario, obligará a ajustar los precios de la producción, lo que puede traducirse en algunos casos en pérdidas de cuotas de mercado para la producción riojana.

CALZADO

Algunos estudios presentan a este sector como uno de los más beneficiados en términos exclusivamente económicos, ante la entrada de nuestra industria en la CEE. Casi todos ellos insisten en la necesidad de profundizar la línea de nuevos diseños, de consolidar una red comercial y de crear una imagen de calidad tanto en el mercado interior como en el exterior.

Como resumen podemos concluir incidiendo en la idea expuesta de que la industria riojana aparece en gran medida vinculada a los recursos propios de esta tierra, y alejada de los grandes complejos industriales, lo que puede ser un factor positivo en el marco de la CEE para nuestro desarrollo regional, si se conjugan tres factores fundamentales:

A) Incremento de la calidad.

B) Ajuste de costes de producción.

C) Consolidación de la estructura comercial.

El sector vínicola riojano ante el reto de la concertación

El progresivo asentamiento del vino de Rioja en los mercados, tanto nacionales como extranjeros, ha encontrado su principal obstáculo en la falta de concertación interna entre el sector productor y el comercializador (agricultores y bodegueños), enzarzados en una casi constante guerra de precios que ponía en peligro la estabilidad de los mercados. El conjunto de la Denominación de Origen facturó 22.600 millones de pesetas en 1984, de ellos más de 6.000 millones en el mercado exterior, aunque no ha resuelto sus graves problemas estructurales y sigue mostrándose incapaz de poner fin a la tradicional anarquía de precios.

Representantes de los agricultores, cooperativas, empresarios y Consejo Regulador han sido convocados por la Administración regional alrededor de la llamada Mesa del Vino para encontrar, antes de la próxima vendimia, acuerdos a medio y largo plazo, que pongan fin a las grandes oscilaciones de precios.

La Denominación de Origen Rioja cuenta con una superficie de viñedo próxima a las 44.000 hectáreas, con alto grado de dispersión y envejecimiento (el 45 % de las capas tienen más de 35 años). La Comunidad Autónoma de la Rioja aporta al conjunto de la Denominación el 69 % del vino elaborado. El resto procede de Alava (26 %) y de varias localidades navarras (5 %). Son tierras, casi en su totalidad, de secano que ofrecen un bajo rendimiento medio por hectárea, alrededor de 3.150 litros, casi la mitad de la producción máxima admitida.

Entre 1970 y 1985 la media de producción ha sido de 105,5 millones de litros, con grandes oscilaciones, desde los 54 millones de litros en 1971 a los 141 en 1980. La cosecha más importante del siglo se ha recogido, sin embargo, en 1985 con una producción superior a los 172 millones de litros, fruto de una condiciones climáticas excepcionales y de la fiebre de plantaciones ante el alto nivel de precios de años anteriores.

La primera característica del sector comercial es su alto grado de concentración: cuatro grandes bodegas o grupos empresariales controlan más del 70 % de todas las ventas de vino de Rioja. Se trata de Bodegas Campoviejo (del grupo Gavín), AGE, Berberana y el grupo de bodegas de Morcal Eguizábal (Paternina, Lau y Franco-Españolas), estas últimas procedentes de la expropiación del patrimonio de Rumasa. El resto, hasta más de 60 firmas inscritas en el registro de criadores son pequeñas y medianas bodegas dedicadas preferentemente a la crianza de vinos. A pesar de ser esta la faceta más conocida, no es, sin embargo, la más importante. El 56 % de los vinos de Rioja se comercializan como vinos jóvenes del año, un 34 % han sido sometidos a un proceso de crianza y el 10 % restante se vende con la etiqueta de reserva o gran reserva. Las diferentes estructuras empresariales se plasman luego en filosofías divergentes sobre la mesa de negociaciones.

La década de los años 70 supuso un cambio histórico para el negocio del Rioja. La entrada de multinacionales en los consejos de administración dio por concluida una etapa anterior, de casi un siglo, de las pequeñas bodegas familiares con fuerte penetración de la burguesía vasca. La euforia comercial de esa década produjo un sobredimensionamiento empresarial que hoy, dado el excesivo coste de producción de la materia prima, han abocado al sector a una urgente reconversión.

En la parte productora se echa en falta un plan de reconversión del viñedo que debería pasar por la concentración parcelaria y la sustitución del viñedo envejecido. La polémica sobre el crecimiento del número de nuevas plantaciones debería quedar aparcada hasta que se consoliden las perspectivas comerciales que tropiezan con una fuerte competencia interior y un estancamiento en los mercados exteriores, donde se destina el 30 % de todas las ventas.

Después del fracaso de la Mesa del Vino en el otoño de 1984, la actual convocatoria de este órgano interprofesional se encuentra con el reto de fijar una banda de precios estable y un fondo de regulación del mercado para asegurar al agricultor una rentabilidad mínima sí al aumentar su producción la demanda del mercado no es capaz de absorverla. La estabilidad de precios evitaría las contracciones del mercado permitiendo al sector comercial una política firme de búsqueda de nuevos mercados. Las condiciones objetivas de esta nueva convocatoria son absolutamente diferentes: en aquella ocasión, ante la escasez de la oferta, los agricultores, recordando agravios anteriores, no accedieron a controlar los precios que multiplicaron por cuatro los pagados sólo cuatro años antes. El fantasma de los excedentes de la última cosecha junto al descenso de los precios casi en un 50 %, colocan en esta ocasión los ases en la manga de los empresarios para plantear las condiciones del mercado.

ANTONIO MORAL

LA RIOJA

EDICIONES OROEL

Publicado por gentileza de EDICIONES OROEL

La agricultura riojana

Tratar de escribir sobre La Rioja agraria, no es fácil, aunque bien puede pensarse lo contrario por ser ésta una región pequeña, tan sólo el 1 % del territorio nacional. En términos agrarios 500.000 Has. De estos tan sólo 181.000 son cultivadas, el resto se distribuye entre pastizales, 60.000, terreno forestal 110.000 y erios y otros usos 150.000.

A pesar de lo poco que representa la agricultura de La Rioja en el total nacional, siempre he tenido la sensación de que su nombre se han identificado en muchas ocasiones con la agricultura. Ello puede deberse entre otras, a estas tres razones:

a) La calidad existe en algunos de sus productos.

b) La industria agroalimentaria surgida en torno a la producción.

c) La vinculación, en sus orígenes, de la mayor parte de los riojanos al sector agrario.

Si consideramos el factor humano de nuestra agricultura, hemos de pensar que se dedican a esta actividad tiempo completo unas 13.000 personas, y 6.000 a tiempo parcial. Esto es, a la agricultura se dedica el 15 % de la población activa de esta comunidad y otro 7 % complementa su renta con ella.

La población agraria, se concentra en el valle y el 53 % de ésta se sitúa en 25 municipios de los 173 que tiene La Rioja.

Este dato no es sorprendente si pensamos que las 254.000 personas que viviemos en esta tierra, 236.000 nos movemos en el valle, en tanto que los 18.000 restantes sobreviven en lo que aquí denominamos la sierra, que representa el 54 % de nuestro territorio.

Quizá sea ésta la característica menos conocida de esta tierra. La existencia de una sierra que ocupa la mitad del territorio y con los mismos problemas de otras muchas zonas de montaña de este país.

Rara vez cuando se habla de La Rioja, agraria se dicen estas cosas, ya que lo normal es ahogar las sierras de Cameros, del Cidacos o del Oja, en lagos de vino y enterrarla bajo datos económicos de la región que cuentan lo que ocurre por aquí abajo, en el valle.

Desde este factor humano, no es fácil describir al agricultor riojano de forma genérica, y por ello no voy a hacerlo, sino simplemente pensar que existen rasgos de diferenciación para cada zona, y en consecuencia para los diferentes tipos de cultivos que componen su explotación. Me atrevo a pensar que es bien distinto un viticultor a un hortelano, y éste a un cerealista/remolachero. Hay zonas donde sólo se cultiva ceral-patata-remolacha. Hay zonas donde predomina el viñedo o la huerta. Y hay zonas que producen de todo un poco, y de cada cultivo toman algo de su personalidad, dando una mezcla que les hace no ser ni lo uno ni lo otro, sino otra cosa. Quizá sea esto un agricultor riojano.

Económicamente la agricultura aporta a la economía riojana, unos 45.000 millones de pesetas y se sitúa muy por debajo de los sectores industrial y de servicios, respecto a su aportación al valor añadido bruto. Aporta el 11,53 %.

El sector ganadero, aporta el 28 % de la Producción Final Agraria (PFA) lo que resulta más bien escaso, si pensamos en la amplia superficie no cultivada.

En el cuadro número 1 podemos observar la importancia de cada sector respecto de superficie agraria util, y en cuanto a su aportación a la Producción Final Agraria, observando cómo la patata y las hortalizas destacan en cuanto a la aportación a la PFA en comparación con otros sectores como los cereales y el viñedo que ocupan mayor extensión de superficie.

Cultivo	HAS.	% SAU	% PFA
Cereales	76.300	21,55	16,22
Viñedo	31.000	8,75	13,3
Hortalizas	12.300	3,46	15
Fruta	12.140	3,43	6,3
Patata	10.700	3	13,13
Remolacha	4.400	1,24	2,5

Entre los cultivos hortícolas, destacan: coliflor, alcachofa, tomate, espárrago, lechuga, pepinillo y pimiento.

La producción de frutales se limita a melocotón, pera y manzana incrementándose en los últimos años las producciones de ciruela y cereza.

En torno al viñedo, ha surgido una importante industria vinícola que ha permitido obtener un valor añadido en este sector que multiplica por cuatro el valor agrario de la producción de vino.

Algo parecido ha ocurrido en el sector hortícola, con la existencia del sector conservero, a pesar de que existen importantes producciones destinadas al mercado en fresco.

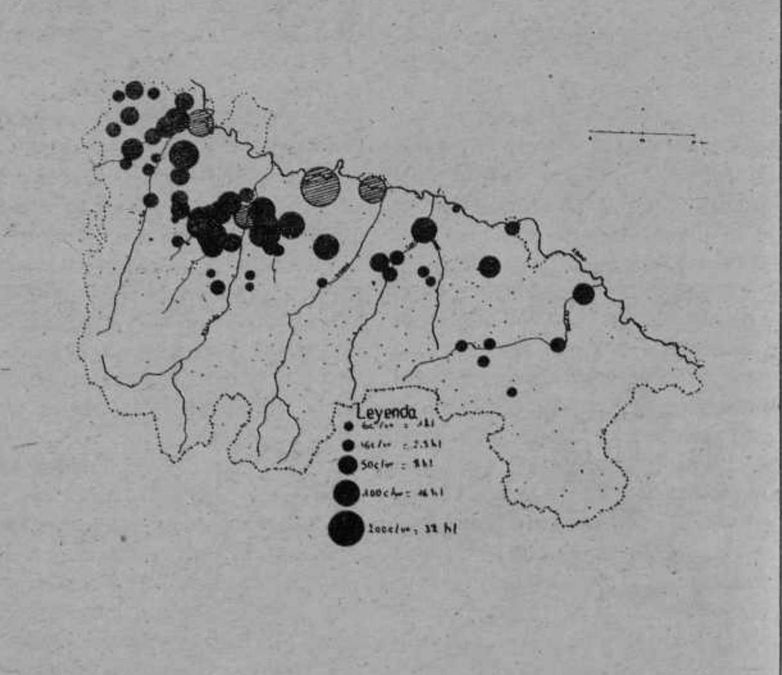
Después de ver estos datos, casi todos estaremos de acuerdo en que cuantitativamente La Rioja agraria, poco representa en el contexto nacional, y sin embargo, el nombre de esta tierra muchas veces, tan sólo suena unido a algunos productos agrarios. Sin duda esto se debe al factor calidad.

Es ésta una tierra que ha podido con la evolución agraria de este país, dirigida más a la obtención de grandes rendimientos que al mantenimiento de la calidad.

Hoy cuando sobran producciones y casi todos echamos de menos la calidad, no podemos por menos que pensar en nuestro vino, espárragos, pimientos, ciruelas, etcétera y esbozar una reflexión: La agricultura en esta tierra, además de estar en las raíces de casi todos los riojanos, tienen algo que le es propio y que nos permite mostrar al margen de las cantidades como somos. La calidad».

Alcanadre (La Rioja)
EMILIO BARCO ROYO

La Rioja y Cameros: Del equilibrio a la crisis



Producción de vino por vecino (C. 1580) (en cántaras). (Brumont.)

JOSE LUIS GOMEZ URDAÑEZ

El proceso de unidad administrativa que culmina en 1833 con la creación de la provincia de Logroño no fue consecuencia de la uniformidad regional ni de la intención de compensar las dos regiones —Cameros y el valle— potencialmente tan distanciadas en esa fecha. La parte más noroccidental del valle ya se conoció en el siglo XVI como merindad de La Rioja; con el tiempo, el término acabaría designando todo el valle alto hasta Logroño e incluso la margen izquierda del río —hoy La Rioja Alavesa— entre Labastida y Laguardia. El primer proyecto provincial elaborado durante el trienio constitucional contenía esta región —hoy definitivamente separada de la Comunidad Autónoma—, la actual Rioja Baja y los Cameros que también dejarían en 1833 alguna parte pequeña —Montenegro, por ejemplo— bajo administración soriana. Se ponía fin así a la gran extensión de las provincias de Burgos y Soria que, más o menos, se repartían el territorio provincial a uno y otro lado del río Iregua; pero no se tenía en cuenta que la nueva Administración con capitalidad en Logroño desnivelaría todavía más el desequilibrio en favor de la expansión agraria y comercial del valle alto, mientras Cameros entraba definitivamente en la recta final de la ya constatada crisis ganadera y demográfica.

Las diferencias entre ambas regiones eran tan importantes que ha sido necesario iniciar el análisis histórico separando sus problemáticas económicas y sociales. La historiografía regional parece haber superado ya la fase de la descripción de la globalidad en un momento en que se inician trabajos cuyos objetivos persiguen resultados interrelacionables con los obtenidos en otras regiones. Desde el I Coloquio de Historia de La Rioja, y más aún desde del II (1982 y 1985), se han iniciado estudios muy delimitados espacialmente: por una parte, los que pretenden conocer el proceso de expansión agraria iniciado en el valle en el siglo XVI, en donde una demografía muy elevada posibilita el crecimiento de la producción vitivinícola y el incremento de la comercialización, y, por tanto, la aparición de capitales que posibilitará el proceso desarrollista desde finales del XVIII; y, por otra, los dedicados al estudio de la zona serrana, también en franca expansión desde el XVI gracias al aumento de la cabaña trashumante y a la industria textil que genera. El conocimiento de la dispar incidencia de la crisis del antiguo régimen en ambos sectores es del máximo interés en estos momentos. El proceso de decadencia de Cameros, iniciado en la segunda mitad del XVIII, fue paralelo al de expansión del valle, plegándose a las ya conocidas leyes historiográficas que explican el desequilibrio del binomio agricultura-ganadería, estable y favorecido aquí por el proteccionismo estatal y señorial hasta esas fechas. La burguesía, al consolidar su poder económico mediante el control político, desarrolló la zona más favorable —el eje Logroño-Haro-País Vasco—, mientras se resentía la tradicional estabilidad del *camino francés* —Logroño-Nájera-Santo Domingo-Castilla—, la zona más desarrollada económica y demográficamente en el siglo XVI, y se marginaba *activamente* Cameros que no pudo resistir la atracción que imponía el valle a su mano de obra, realmente en precario tras la inexorable crisis ganadera. Por eso, parte de la «aristocracia» ganadera reaccionó contra el régimen liberal, mientras hacendados y señores del valle aprovechaban las posibilidades de alianza que el proceso político les brindaba para acumular propiedad y renta agraria por otras vías. Se conocen ya algunos brotes carlistas en Cameros —Lagunilla, por ejemplo— mientras el valle sigue propuesto —quizá con el escaso rigor que genera la escasez de estudios— cmo bastión liberal permanente.

Cabezas de ganado lanar por vecino (en algunos pueblos) (C. 1580). (Brumont.)

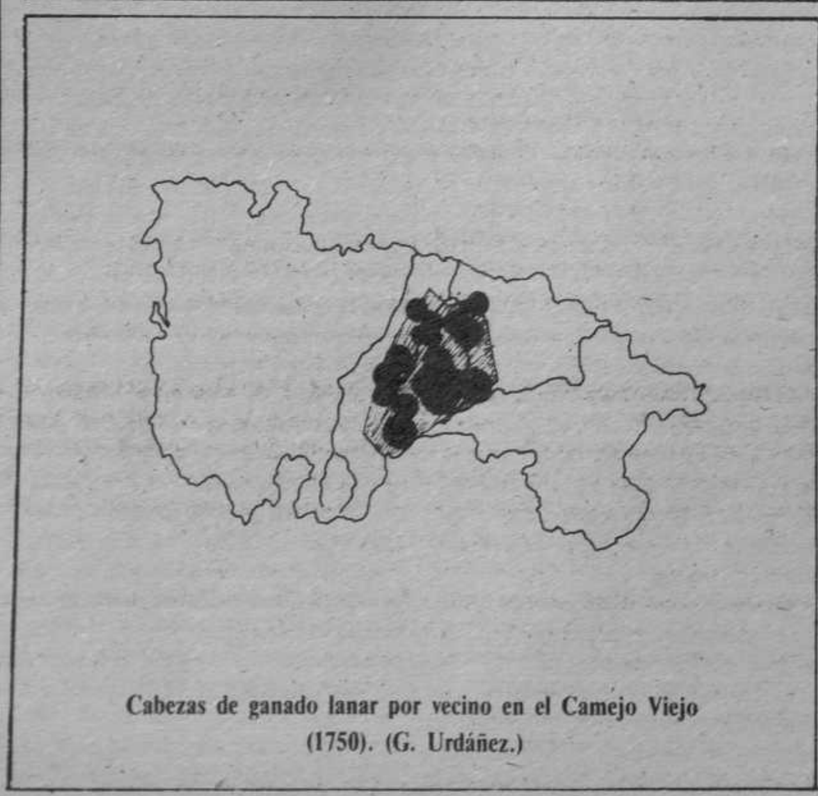
Sin embargo, en el siglo XVI existió un cierto equilibrio regional que permite incluso hablar de «complementariedad» en los intercambios, sobre todo en dirección Norte-Sur. Como ha visto A. Huetz de Lemps, hasta el siglo XVIII no cedería la colocación de excedentes vinícolas en Cameros en beneficio de otras zonas. Brumont ha llegado a similares conclusiones sobre otros productos constatando además un alto consumo. La posiblemente mayor monetarización de la economía ganadera, pero también las malas comunicaciones con el Norte —queja permanente del Concejo logroñés y de la Junta de Cosecheros— impulsaban un tráfico que, en contrapartida, vertía al valle —a las ferias de Logroño, Nájera, Haro— tejidos, quesos, miel, lana —en buena parte destinada a la exportación por Bilbao y por Bayona—, etcétera. Es en el siglo XVIII, ya con mejoras importantes en las comunicaciones —el camino a Santander impulsado por la Real Sociedad Riojano-Castellana— y por la reducción de la demanda en la Sierra, cuando la tendencia se invierte. Pero, en el siglo XVI, los recursos y la población estaban sin duda por encima de la media nacional en ambas regiones. Brumont habla de superpoblación en la época de Felipe II y no le falta razón si tenemos en cuenta que la población que arrojan los censos de 1561 —33.059 vecinos— y 1591 —28.563— (infraevaluado, según Brumont) no se recuperará hasta después del siglo XVIII. Hasta 1850, no se consigue llegar a los 150.000 habitantes.

La explicación de esta detención del crecimiento no estará en un siglo XVII crítico y en exceso negativo en comparación con otras regiones. No hay todavía datos, pero no habrá que sorprenderse de que los resultados del trabajo que pronto publicarán M. Lázaro y P. Gurrea no constaten el dramatismo con que habitualmente ha sido tratado el siglo de la crisis. Es seguro que en Cameros la mayor pérdida de población se produce después de mediado el siglo XVIII, y que en zonas limítrofes con la sierra como la parte alta de Nájera o Cervera no hay crecimiento. El partido de Torrecilla había perdido más de 2.000 vecinos entre 1750 y 1787 y algunos pueblos del Camero Viejo se acercaron al 50 % de pérdida. Muro (104 vecinos en 1750, 84 en 1773, 71 en 1799, 59 en 1827) o Cabezón (50 en 1750, 30 en 1806), por ejemplo.

Pero el valle aumentó notablemente su población, sobre todo en torno al nuevo camino a Santander que atravesaba los pueblos que antes conocieron la expansión del viñedo (San Asensio, Briones, Cenicero, Fuenmayor) y en la comarca jarrera tan favorecida por su auge comercial. No ha de extrañar que un ferrocarril complete la vieja aspiración del Concejo de Logroño, de los cosecheros, de la Sociedad Económica y, en fin, de la burguesía comercial y agraria.

Era la última gran necesidad tras la crisis del antiguo régimen y la liberalización de la propiedad y la jurisdicción. Buena parte de la región había sido de señorío. Los condes de Haro, los duques de Nájera, los Ramírez de Arellano, condes de Aguilar, la Iglesia y algunas órdenes religiosas poseyeron las mayores extensiones; pero, había además muchos municipios que pagaban derechos señoriales a pequeños nobles absentistas, en algunos casos, ya en el XVIII, sin saber a causa de qué, Ribafrecha, Leza, Trevijano, Santa María pagaban todavía *castillaje* o Clavijo; Ribafrecha pagaba además al monasterio de Santa María la Real de Nájera, al conde de Alba de Yeltes, al hidalgo Rafael Gil Delgado y encima soportaba la posesión de amplias fincas por los temibles monjes de San Prudencio. Hornillos, Larriba, Torremuña y Zarzosa pagaban a las Bernardas de Herce, además de en moneda, en especie con quesos y gallinas. Laguna seguía pagando en el siglo XVIII «pechas» a la iglesia de La Redonda de Logroño.

Las medidas proteccionistas impuestas para no alterar equilibrios en la producción muy localizados fueron desechándose desde fines del XVIII, a la vez que aumentaban los pleitos antifeudales y los intentos de cultivo y la coyuntura alcista que sufrieron los precios —similar a la ya conocida en Castilla— arrumbaron las explotaciones ganaderas aún mantenidas en pueblos tan favorables para la agricultura como Murillo, Ribafrecha o la Tierra Baja de Ocón. Otros, como Agoncillo o Ausejo,



Cabezas de ganado lanar por vecino en el Camejo Viejo (1750). (G. Urdáñez.)

Evolución de la población de La Rioja (en habitantes)

Partidos	1561	1591	1750	1787	1834	1857
Alfaro	—	—	6.572	5.971	7.654	8.663
Arnedo ...	—	—	11.776	12.638	19.040	20.164
Calahorra .	—	—	8.276	9.922	12.616	14.301
Cervera ...	—	—	8.080	9.322	11.000	11.716
Haro	—	—	10.856	15.139	18.153	27.665
Logroño ..	—	—	20.840	23.885	29.763	35.187
Nájera	—	—	17.000	17.702	20.390	24.454
S. Domingo	—	—	8.564	9.609	12.946	18.022
Torrecilla ..	—	—	15.632	13.793	16.151	13,640
TOTAL ...	**130.000**	**114.000**	**107.596**	**118.026**	**147.713**	**173.812**

en pleno valle junto al Ebro, mantenían extensos pastizales que se arrendaban para uso de ganados trasterminantes (de la zona de Munilla y Enciso). Con todo, la expansión se pudo producir sin grandes convulsiones por lo general. El hambre de tierras se fue saciando desde muy temprano. Ya en la década de 1770 fueron notables los roturos; igual ocurriría en la todavía desconocida desamortización de Godoy por la que se enajena una gran dehesa en Varea y otras pequeñas parcelas del término de Logroño. En algunas zonas —Ocón, Laguna, por ejemplo— se vendieron propiedades comunales durante la guerra de la Independencia, y en el mismo Logroño, el Concejo saldaría con tierras algunas deudas contraidas con ricos acreedores durante la quiebra municipal que produjo la guerra. Por otra parte, el bajo porcentaje de tierra cultivada —si creemos las cifras del Catastro de Ensenada— tuvo que ofrecer mayores facilidades. El propio Logroño no llegaba al 50 %, lo mismo que Fuenmayor o Briones. Murillo, excepcionalmente, pasaba del 60 %.

Sin embargo, estas facilidades para las transformaciones burguesas no se produjeron en la Sierra. Su potencialidad fue estable mientras duraron los privilegios. Las cifras del Catastro dan porcentajes de ganado por vecino similares a las que ha obtenido Brumont para el siglo XVI a través de los expedientes de Hacienda. Muchos pueblos pasan de las cien cabezas (Logroño, Ezcaray, Zarzosa-Munilla-Larriba) y, en general, se superan las cincuenta. El nivel de consumo es igualmente alto, incluso mayor aquí el de vino que en el propio valle. La fabricación de paños conoce una época de esplendor en el siglo XVI que se reproducirá después de mediados del XVII ante la necesidad de superar las consecuencias de la contracción comercial que afectó a las lanas. Sin embargo, a partir de 1760-70, la crisis es observable incluso en las declaraciones ante notario de los Concejos, cuando arrecian las protestas contra los decretos limitadores de la trashumancia, o se da cuenta, con el fin de litigar, de los roturos que los campesinos están practicando en las dehesas extremeñas y hasta en pueblos del propio Cameros, como Soto o Cabezón. Es bien significativa que Juan Manuel Crespo, que poseía más de 12.000 ovejas, se meta en pleitos con el Cabildo parroquial de Jalón por haber practicado unos roturos en su territorio campanil, entre 1782 y 1784. Las series de diezmos elaborados dejan aún menos lugar a la duda.

El sistema de autorregulación en época de crisis —la migración temporal—, general en las regiones ganaderas trashumantes, no resolverá esta crisis que ya no es de coyuntura. La ruta de la trashumancia, plena de apoyos comerciales y hasta familiares, y La Rioja se pueblan de emigrantes cameranos. Incluso aparecen los «conductores de emigrantes», seguramente necesarios por la escasa edad de algunos (son frecuentes los que sólo cuentan con 12 ó 14 años). Ciudades de Málaga, Cádiz, Madrid, y finalmente América, se convierten en destino irreversible de una migración, primero selectiva —los de «genio comercial» que ya observó Govantes sin citar su respaldo económico— y luego general. Los Cameros se irían poblando de lápidas de agradecimiento a los *indianos* que regresaban temporalmente y regalaban una casa para Ayuntamiento o escuela o unos ornamentos litúrgicos. Los otros, los *americanos*, nunca volvieron.

Los lastres del sistema feudal que habían limitado el desarrollo capitalista del valle, protegieron en Cameros una estabilidad que, falta de los amortiguadores que el propio régimen generaba, moriría con él.

Lagunilla
Bajo Ocón
Alto Ocón
Ribafrecha
Torre
Robres
Hornillos
Larriba-Torremuña
Zarzosa

pequeños propietarios: de 0 a 50 cabezas
medianos propietarios:
a) de 51 a 150 cabezas
b) de 151 a 300 cabezas
grandes propietarios: de más de 300 cabezas
11. número de propietarios

Tamaño de los rebaños en el Camero Viejo (1750). (G. Urdáñez).



Aproximación a nuestra problemática histórica

Si juzgamos la realidad riojana con esquemas preconcebidos o con lógicas parciales, abocaremos al complejo de inferioridad como región o en su extremo opuesto a una euforia esquizoide que tampoco conduce a la comprensión de la realidad. Si por encontrar ricos terratenientes suponemos un correlativo antagonismo interclase, si viendo la abundancia de propietarios agrarios pensamos estar ante una provincia exclusivamente agrícola o de la escasez de industrias competitivas deducimos una deficiente industrialización, nos convertiremos en víctimas de nuestro propio razonamiento parcial o distorsionado. Es más complicado, pero más constructivo, observar el entramado socioeconómico en su conjunto y analizar el papel que ha venido desempeñando en el diálogo con otras entidades estatales y paraestatales. Simplificando, podemos decir que a partir del desarrollo de la capacidad crítica y de la observación de las diferentes variables que juegan complementariamente en este circuito estaremos en camino de tomar posiciones más conscientes.

En este aspecto, siempre es importante el papel que el historiador puede desempeñar dentro de la sociedad. El conocimiento de los problemas históricos cuando se nos dan construidos por mentes críticas y coherentes o también cualquier hecho deshilvanado o curioso del pasado, cuando es tomado por un historiador, puede convertirse en un importante vía de ayuda en la planificación del presente. Hoy día tenemos un interesante reto en esta provincia para desentrañar sus códigos de asentamiento durante los siglos XIX y XX, básicos para nuestra realidad actual. Obsesionada por tocar la entraña de esta sociedad he dedicado seis años a su prospección en los dos últimos siglos, durante una etapa de mi aprendizaje como historiadora que se inició con la tesis de licenciatura y ha terminado con la publicación de dos libros y varios artículos. A lo largo de estos trabajos han quedado bocetadas unas líneas vertebradoras por donde pueden ir posteriores investigaciones. Muy sucintamente traeremos aquí algunos resultados de aquellos estudios.



Al fondo la casa de la «Reja Dorada» en la Rua Vieja, donde dicen que vivió de soltera doña Jacinta Martínez de Sicilia, duquesa de la Victoria, por su matrimonio con el general Espartero.

En esta provincia sustentada por una poderosa base agraria, se ha dado desde mediados del siglo pasado un pequeño pero armonioso proceso de industrialización. La enología fue punta de lanza de un desarrollo complementado por otras industrias bien localizadas como la alpargatera y la conservera. Paralelamente, otras pequeñas empresas, ya subsidiarias ya basada en la agricultura, ganaderí o riqueza forestal, ocuparon un espacio en este circuito económico. Por eso, y por otras cosas, La Rioja no se entiende sociológicamente sin atender a un amplio abanico de capas intermedias que ocupa gran parte de la cadena social y está disperso en actividades variadas, pero perfectamente travadas entre sí.

Durante los últimos 150 años, ha venido configurándose una burguesía adinerada de satisfactorias relaciones económicas y políticas con personas, entidades y centros decisorios de poder, dentro y fuera de la nación. El dinero o las concesiones que de esta actividad revirtieron en el pequeño circuito provincial se fusionaron en un sustrato de rica y variada agricultura en una repartida propiedad y entre un señalado porcentaje de artesanos, pequeños empresarios y comerciantes autónomos. Esta estructuración de fuerzas socioeconómicas aparece embrionarioamente definida en la capital a finales del siglo pasado y en algunas prósperas cabeceras de comarca como Haro o Calahorra, pero sobre todo queda insinuada en la personalidad global de la provincial.

La temprana industrialización camerana no adecuó estructuras ni resistió la competitividad a lo largo del siglo XIX. Cuando en 1834 quedó delimitada políticamente la provincia de Logroño, buena parte de su área montañosa estaba en recesión económica. Sin embargo, el hecho no se tradujo en un desequilibrio significativo. Las fortunas cameranas, así como las relaciones políticas miraban en radios divergentes también fuera de la provincia. Había posibilidades de reinvertir fuera el capital. El valle en desarrollo dentro de la nueva unidad administrativa era posible foco receptor de inversiones, así como de mano de obra. Esta última también podía seguir las rutas conocidas por la trashumancia hacia Castilla y Extremadura, pasar por los corredores naturales a las provincias del norte, o atravesar el Océano e ir al nuevo continente.

La mencionada estructura económica, sustentada sobre un amplio abanico de negocios con medianas dimensiones y oxigenada con dinero de otras zonas, explica en buena medida la ductilidad para atravesar crisis que en otros lugares hicieron quebrar firmas competitivas y tuvieron secuelas de conflictividad social. Por otra parte, se traduce en un comportamiento político característico con dos rasgos marcados: un alto nivel de consenso popular a las decisiones de sus políticos a través de las cuales fueron llegando satisfactorias reformas y una unidad provincial escasamente pleiteante al dirimirse en el Parlamento los problemas políticos o económicos.

En los inicios y primeras andaduras del régimen liberal, la provincia tenía su interés estratégico como barrera de la expansión del carlismo. Primero la línea progresista respaldada por Espartero, casada con la hija de un rico terrateniente logroñés, más tarde la liberal, tras la reconversión de fuerzas durante el sexenio democrático, apadrinada por Sagasta nacido en Torrecilla de Cameros y criado en Logroño, resultaron cauce político mediante el que asegurar el desarrollo provincial desde los centros decisorios de poder de la nación. Republicanos y conservadores aceptaron sus papeles dentro de un animado escenario político intraprovincial en el que duró la función hasta la guerra civil. A la muerte de Sagasta (1902), algunos republicanos intentaron mejorar su baza dialogando con las sociedades obreras de resistencia. Más tarde cupo protagonismo a liberales —conservadores y católicos durante la dictadura de Primero de Rivera. Los antiguos razonamientos paternales ante la opinión pública cobraron auje en aquellos años. Nuevos nombres saltaron a la palestra, tomaron sus contactos ministeriales y volvieron cargados con regalos para conjuntos social. Sus exponentes y significativos de estos momentos una paqueña política hidráulica y la consecución de la denominación de origen para los vinos. Algo semejante a lo que había sucedido en los años de Sagasta. Por cierto que sus seguidores, desplazados por los propósitos regeneracionistas del régimen hubieron de recobrar su espacio político girando en 1930 hacia posturas republicanas con Amós Salvador Carreras a la cabeza.

En resumen, estamos ante un sólido microcircuito político-económico que en su evolución diacrónica como entidad provincial, subsistema del Estado español, ha mostrado durante los últimos 175 años ductidilidad a la hora de atravesar las crisis manteniendo un alto nivel de estabilidad social en comparación con el de otras regiones y provincias. Podemos terminar preguntándonos si este carácter global riojano constituye una fórmula válida de adaptación al capitalismo triunfante internacionalmente, o por el contrario nos encontramos ante una provincia lastrada en su desarrollo. La cuestión es compleja y toda respuesta simplista por precipitada o parcial contraproduce. Queda un reto apasionante a sociólogos, historiadores, economistas, a todos quienes sabiendo partir de la entraña real de esta colectividad y conociendo técnicas y experiencias de otros lugares vayan planificando nuestro presente en definitiva la llave para el futuro. Queda también lugar, como en todas las partes, a los falsos profetas a las ideas o decisiones brillantes pero faltas de coherencia interna, a los beneficios interesados para grupos minoritarios... Así seguiriá tejiéndose punto a punto el tapiz de nuestra Historia...

María José Lacalzada de Mateo

De la provincia de Logroño a la Comunidad Autónoma de La Rioja

J. M. DELGADO IDARRETA

La historia contemporánea del pueblo español comienza, en realidad, con sus primeros esfuerzos por readaptarse al mundo moderno... La España del tiempo «de las luces» conoció el primero de esos episodios, que fue quizás el más fecundo» como indica P. Vilar. La llegada a España de una nueva dinastía, la Borbónica, a principios del siglo XVIII va a permitir diseñar también un nuevo mapa administrativo. La Real Ordenanza de 4 de julio de 1718 de Felipe V supuso que La Rioja estuviera administrada políticamente por Soria o Burgos.

El territorio nacional, en tiempos de Carlos III, quedó compuesto por nueve Reinos, dos Principados, el Señorío de Vizcaya, dieciséis provincias o Intendencias de Castilla, dos provincias exentas y las islas Baleares y Canarias. El reajusto se había producido como consecuencia del libro *España dividida en provincias e intendencias y subidividido en Partidos, Corregimientos, Alcaldías mayores, Gobiernos políticos y militares, así de Realengo como de Ordenes, Abadengo y Señorío* mandado hacer por Floridablanca el 22 de marzo de 1785 y que tiene su complemento en el *Nomenclator o Diccionario de Todos los Pueblos del Reino.*

La distribución de las poblaciones riojanas entre las provincias de Soria y Burgos realizada por la Real Ordenanza de Felipe V, se recoge, tal cual, por el mencionado libro y el Nomenclator. Representaba, de todas formas, una caótica división administrativa provincial. Así poblaciones de un partido estaban enclavadas en tierras de otro (Gallinero y Villanueva, enclavadas en el Partido de Logroño, Intendencia de Burgos, eran administradas desde Soria; Terroba y Velilla en plena Sierra Camerana dependían del Partido de Calahorra, Intendencia de Soria. Lo mismo ocurría con otros enclaves del Partido de Santo Domingo).

En el siglo XIX la reorganización provincial fue intensa. La primera división administrativa fue ordenada por el rey intruso, José I, el 17 de abril de 1810. Dividió España en 38 Prefecturas (claro influjo francés). La Rioja seguía sin aparecer en el mapa administrativo como un ente individualizado. De todas formas, podía decirse, que casi toda la Diócesis de Calahorra-Lacalzada pertenecía a la Prefectura de Burgos. Sólo la comarca de Cervera seguía anclada en Soria. Pero como era lógico, dado que estamos en los años de la Guerra de la Independencia, esta división no tuvo prácticamente ninguna validez.

En plena guerra y con capital en Soto de Cameros se erige la denominada *Junta de La Rioja*, que aglutinaba las diferentes Juntas de Armamento y Defensa que habían aparecido por nuestro territorio desde el verano de 1808. Esta Junta controlaba, según escrige García Prado, todo el territorio «comprendido desde el río Tirón hasta la Alhama con inclusión de la ciudad de Alfaro y todas las serranías cuyas aguas corren al Ebro». En la práctica suponía que La Rioja funcionaban independientemente, no sin problemas de representatividad en las Cortes y en lo administrativo- político. Por otra parte en la Constitución de 1812 se indicaban en el artículo 10 los territorios que comprendía la Península, posesiones de Africa, América septentrional y meridional y en Asia; y el artículo 11 preveía una nueva división administrativa «luego que las circunstancias políticas de la Nación lo permitan». Aspectos completados por el Decreto de 23 de mayo de 1812 por el que se creaba un sistema de Diputaciones Provinciales «mientras no llegase el caso de hacerse una división administrativa del territorio del que hablaba el artículo 11 de la Constitución».

Fue durante el Trienio Constitucional (1820-1823) cuando se dividió el territorio nacional en 52 provincias por Decreto de 22 de enero de 1882. Por primera vez la provincia de Logroño aparece separada de Soria y Burgos. Se había ganado la batalla iniciada años antes. Martín Fernández de Navarrete en su ... *Carta de un riojano a un Señor Diputado de Cortes*... indicaba que «la primera Regencia en 1810 por convencimiento propio separó a La Rioja de las provincias que la dominaban» y Antonio M. Fernández de Navarrete redactó para la *Junta General* de Santa Coloma, celebrada el 8 de diciembre de 1812, un *Discurso sobre la necesidad, validez y ventajas que resultarían a La Rioja y al Estado en su erección a Provincia Política de la Monarquía e independencia de las demás.* Un proceso que arrancó del movimiento doceañista-constitucional, que se canalizó a través de la Real Sociedad Riojana y que concluía con el mencionado Decreto de 1822.

Su vida, de todas formas, fue breve. Sólo pervivió veintiún meses, del 27 de enero de 1822 al 1 de octubre de 1823. La entrada de los Cien mil Hijos de San Luis y la reposición de Fernando VII como rey absoluto ponían punto final a este intento de independencia administrativa. Habrá que esperar al 30 de noviembre de 1833, dos meses después de la muerte del rey, para que tenga lugar la definitiva división del territorio nacional en 49 provincias. En dicha fecha la reina madre Mª Cristina como regente del reino, en nombre de su hija Isabel II, firmó el Real Decreto correspondiente que le presentó su Ministro de Fomento, Javier de Burgos.

La provincia de Logroño, como así se la denominó, era una de las ocho de Castilla la Vieja. Aparecía claramente mutilada. El territorio asignado durante el Trienio era más amplio. La provincia es idéntica a la actual Comunidad Autónoma: Soria había recuperado territorios solicitados en el Trienio, Burgos reintegró las poblaciones de la Riojilla y los Reinos históricos quedaban como en tiempos del Antiguo Régimen. Sin embargo, como consecuencia de los acontecimientos de 1836 con la reposición de la Contitución de 1822, la Junta de la Provincia consiguió que se diera una Real Orden de 14 de septiembre de 1836 para restablecer los límites de 1882. La Diputación Provincial, en consecuencia, distribuyó los pueblos agregados entre los Partidos Judiciales riojanos en 27 de diciembre de 1836, no sin grandes dificultades.

Todo volvería a su estado tras al sesión de Cortes de 24 de febrero de 1837. Se decidió que la Provincia de Logroño se acomodara a la división de Javier de Burgos de 1833. La recuperación de los límites del Trienio había durado cinco meses y sólo sobre el papel.

En octubre de 1883 el ministro de la Gobernación Moret (Gobierno presidido por Posada Herrera) proyectó «con criterio centralizador» —como escribe M. Fernández Almagro en *Hª política de España Contemporánea*— una división territorial por la que se agruparían en 15 grandes demarcaciones regionales las 49 provincias diseñadas por Javier de Burgos. Logroño, con Zaragoza y Huesca, formarían Aragón. No se llevó a efecto.

En 1898 Silvela, tras hacerse cargo de la jefatura de la Unión Conservadora, proyectó «la reforam de la administración local y provincial», como indicó en el discurso de toma de posesión del cargo del presidente del Gobierno. Teruel y Soria se agregagarían a las de Logroño, Zaragoza y Huesca. También este proyecto quedó roto en el plano de las ideas.

La Constitución de 1978 en su Título VIII *de la Organización Territorial del Estado* faculta la formación de Comunidades Autónomas. El artículo 143 será la base de la creación de la Comunidad Autónoma de La Rioja en los límites que le fueron dados el 30 de noviembre de 1983. La Ley Orgánica 3/1982, de 9 de junio (BOE nº 146 de 19 de junio de 1982) da carta jurídica a la Comunidad Autónoma de La Rioja con la publicación de su Estatuto.



Logroño a comienzos de siglo. En el centro, palacete de la Diputación Provincial.

La Rioja y su cultura tradicional

Es difícil hablar de la cultura tradicional de una tierra situada la sexta en renta per cápita, emplazada en una de las zonas más fértiles del Valle del Ebro y con un gran potencial económico.

Son abundantes los tópicos que sobe La Rioja y los riojanos se vierten por viajeros y escritores; se nos clasifica de derrochadores, hospitalarios, alegre, laboriosos y corresponden a los estereotipos más característicos de nuestra tierra: la fiesta, la bodega, la huerta y el vino. No trataremos de destruir los tópicos; porque siempre vienen bien; sólo tratamos de dar otra imagen de La Rioja, entroncándola con su pasado inmediato.

El medio físico de La Rioja es el primer desconocido y no se tiene en cuenta que más de la mitad de la superficie de esta Comunidad Autónoma está dentro de lo que hoy se clasifica de «economía de montaña». Esta orografía condiciona los modos de vida de las gentes y ha sido la ganadería y la industria textil, la dedicación mayoritaria de los riojanos del pasado. Hoy, la región montañosa ha transformado los quehaceres y los ganaderos de oveja merina que trashumaban a Extremadura, se han sustituido por ganadería vacuna. De la misma forma las fábricas *textiles que tejían paños* y mantas en Laguna de Cameros, Canales de la Sierra, Villoslada, Munilla o Cornago cerraron sus puertas y hoy la actividad forestal va incrementándose en las cabeceras de los valles de ríos trucheros como el Oja, Najerilla o Iregua.

Las gentes de estas tierras antes ricas de ovejas y vellones, tuvieron que hacer una trashumancia definitiva a partir de mediados del siglo XIX y unos se fueron a América, otros al Sur de España y se fue poblando la ribera del Ebro riojana, incrementándose las poblaciones de Calahorra, Alfaro, Logroño, Nájera y Haro. Algunos pueblos se bajaron sus pequeñas empresas y así nacieron las nuevas industrias textiles y de calzado en Arnedo y la capital.

Arriba en la sierra se quedaron vacíos más de cincuenta pueblos que hoy están en ruinas, después de una política ganadera, forestal y de servicios francamente nefasta, que ha dado como resultado una tierra con cuatro habitantes por kilómetro cuadrado.

En el pasillo del Ebro riojano de tradicional dedicación agraria, se va incrementando la población y van cambiando sus labores. La implantación de la industria conservera a mediados del pasado siglo, el nacimiento de los nuevos caminos y del ferrocarril y el auge del vino hace que los riojanos *cambien de lugar y de actividad.*

Este trasvase es la causa de que los tópicos sobre nuestras gentes correspondan a un pasado dieciochesco de autarquía y localismo, y poco podamos decir de los riojanos de hoy, en lugares y profesiones nuevas, que deben consolidar una nueva opinión sobre nuestras gentes.



«Lumbreras», Olegario Gurrea.

La cultura tradicional centrada en los quehaceres propios de antaño, se halla en las manifestaciones de la vida pastoril, sobre todo en sus restos trashumantes de los pueblos de Brieva y las Viniegras. La artesanía basada en el aprovechamiento de materiales autóctonos se mantiene en el barro de los alfareros de Navarrete, la lana tejida de Ezcaray, las almazuelas de Cameros, la madera de muebles y tallas, la forja del hierro y las alpargatas de Cervera.

El vino, producto tradicional de gran prestigio sigue elaborándose con las técnicas y el cariño de años, la bodega de cosechero, del propio labrador, guarda buenos caldos de año que luego son la base de los vinos de crianza de las bodegas de reserva.

En toda La Rioja, la arquitectura sencilla y tradicional de barro, madera y lastras, contrasta con los grandes edificios de sillería. Las casas de la sierra son buen ejemplo del hacer de los albañiles del lugar y se debe visitar Villoslada, Soto o Cornago y comprobar lo que es «una casa de pueblo». En La Rioja Alta el pasado nobiliario se refleja en casonas y palacios.

Quedan manifestaciones tradicionales en fiestas y romerías. Llegando el estío hay batalla del vino en Haro o se reparte pan y carne en Villoslada o queso en Quel. Cada fiesta tiene su danza como la de Cervera, la de Nieva, Matute, etcétera y en ellas hay comidas tradicionales de calderetas y asados.

La tradición se mantiene en zonas marginales o en momentos y lugares concretos, fiestas, romerías, pequeñas aldeas o cofradías que contrastan con la vida postmoderna de Logroño y las cabeceras de comarca. Pasado y futuro dentro de una tierra que debe basar su vida en el campo y la calidad de sus productos y de su paisaje.

Luis Vicente Elias



«Pastor», Vicente Peiro.



J. Infante: «Viñas en otoño».

QUINCEJO URBICOLA

para Emilio Sagasti

Flota la luna sobe alta cruz de los
[cementos
los poetas del suburbio escriben
[sangre en la cocina
cierra como una puerta la ciudad
[su gran vagina
y al Ebro cuenta la concatedral los
[mismos cuentos

un perro insomne arroja a las fa-
[rolas sus lamentos
pasa rauda una moto por la calle
[celestina
y un ciudadano expele parabólica
[la orina
hacia la estatua gris de los urba-
[nos monumentos

edénico servido aburrimiento está
[en bandeja
huele a pedo cocido de tocinos y
[verdura
y a pastoril avena en soledad natal
[y rancia

la noche se refugia en el camión
[de la basura
ya por la Puente de Piedra se acer-
[ca la ambulancia
y si «Mantua me genuit» ha creci-
[do esta pelleja
gronnilanos de vinos nietos de
[una puta vieja.

Roberto Iglesias Hevia





E. Blanco: «Tierras riojanas».

De poetas de La Rioja

Seleccionar nunca es fácil; siempre falta entre los elegidos una firma, un nombre, de tanta importancia o más que la de quienes ven la luz. Y seleccionar poetas de La Rioja, cuando son tantos y tantos los que han surgido en los últimos años, lo es mucho más. Sin embargo, a la hora de ofrecer a los lectores de ANDALAN, en estas galeradas que hacen el número cien, una muestra de lo que es la poesía riojana más reciente, ha sido preciso escoger entre esos muchos poetas, para dejar su número reducido a ocho.

Los que aquí figuran tienen en común —entre otras cosas— haber sido previamente seleccionados para formar parte de la *Antología de Poesía en La Rioja*, recientemente publicada por la Consejería de Educación, Cultura y Deportes del Gobierno de La Rioja. Se incluyen allí trabajos de dieciseis poetas, que analiza y sitúa dentro de su contexto histórico Manuel de las Rivas, en una documentada introducción. Hemos trabajado a partir de esta primera muestra, intentando que ésta permita a quién la lea un acercamiento a las distintas líneas que hoy conviven dentro de la poética riojana. Y aunque los poetas sean los mismos, hemos procurado seleccionar poemas menos conocidos, que no se han publicado en dicha antología.

ANTONIO PEIRO

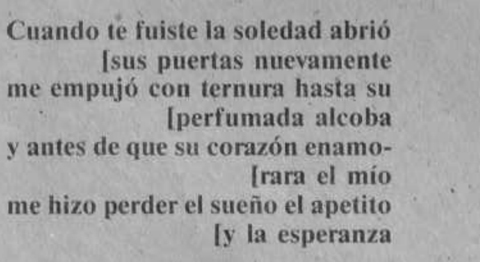
CONTRADICTOR

Contradíctor mueve el mundo.
En cada dedo de sus manos hay
[un hilo atado
que envuelve el gran ovillo del
[mundo.
En los confines del Imperio, el
[movimiento
de su dedo meñique significa
impuestos que ahogan, muertes
[en la frontera,
una salida al mar.
La contracción de su dedo índice
[ordena
una nueva racia, y el dedo corazón
elige las esclavas.
En cambio con su mano izquierda
eleva a los esbirros, libera prisio-
[neras,
ara con las uñas tierras nuevas
y allá en el sur agranda los de-
[siertos...
El poderoso Contradíctor, como
[una vieja criada,
se teje finas túnicas con los hilos
[del mundo
que manejan sus dedos.
Mas por eso mismo el indolente
[cónsul
de rostro que recuerda cirugías
tiene atadas las manos.
No puede acariciar los pechos de
[un amor
que se dejó escapar cuando, en
[otro tiempo,
era ambicioso y joven... Porque
el ilustre Contradíctor, que mane-
[ja los hilos del mundo,
tiene atadas las manos,
y por eso a veces
el movimiento crispado de sus
[dedos
que se esfuerzan en romper sus
[ataduras
supone guerras, la furia, nuestro
[exterminio, el caos,
o, peor que eso, la callada locura
[de la resignación.

(de *Adversos*, inédito)
Manuel Zapatero



D. Navaridas: «De Copérnico a Galileo».



Cuando te fuiste la soledad abrió
[sus puertas nuevamente
me empujó con ternura hasta su
[perfumada alcoba
y antes de que su corazón enamo-
[rara el mío
me hizo perder el sueño el apetito
[y la esperanza

Aquella soledad fue la dorada vic-
[toria del paisaje
un enorme crepúsculo que iba tra-
[gándose los años
y en donde el desamor jamás hi-
[zo presencia

La soledad y yo calentando tu ca-
[ma por si acaso
Francisco José Quintana «Bajo este mismo sol»

¿DONDE EL MAR?

En el mismo punto, en la igualdad
[de los dedos
trazando la curva sobre los ojos,
línea que se aparece y cruje
ante las manos abandonadas so-
[bre el largo
pecho de las olas, cómo rompen
[en la boca
restos de arena cuajados sobre el
[labio
y un rojo de la espuma se ofrece
[al aliento
despaciosamente.

Allí está el velo del agua, la piedra
tiembla en la espera gritada, en el
[doble
hundimiento sin camino posible,
sin superficie: blanco de cal los
[ojos
en este mismo centro.

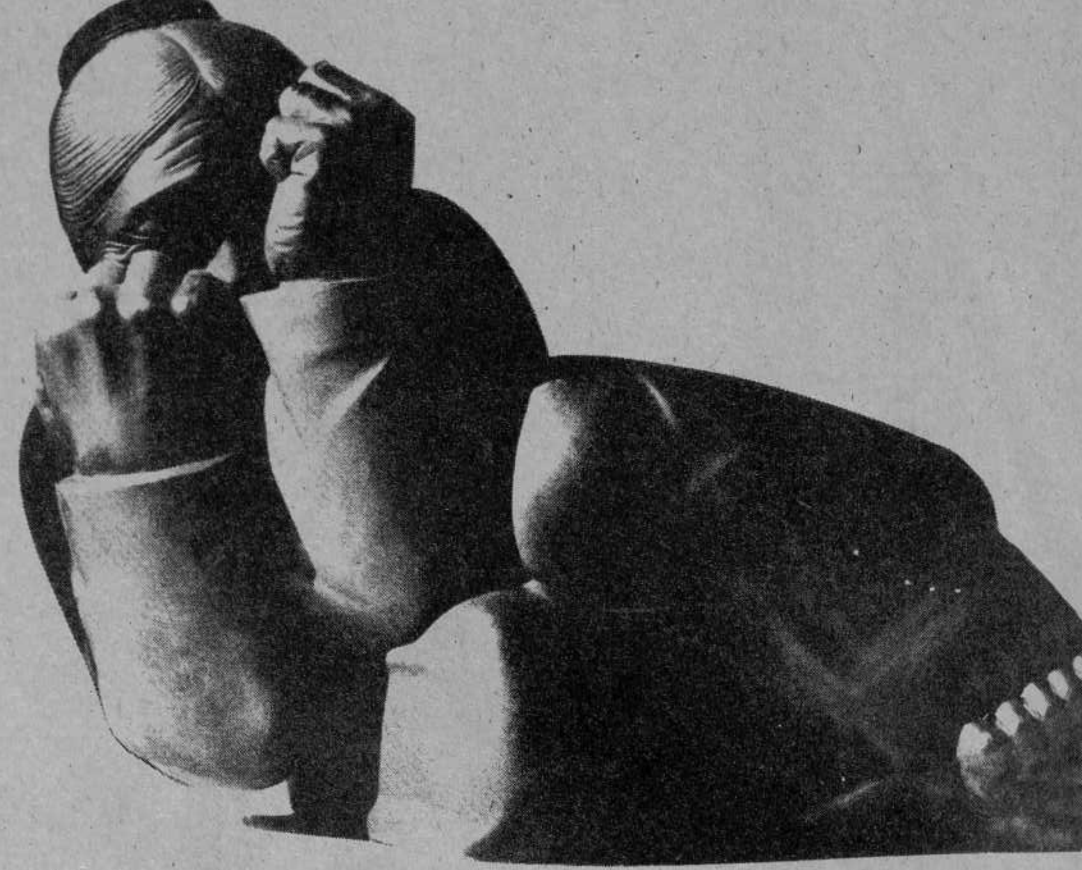
Agotar el horizonte de la pregunta
en su negro hueco, en el segundo
[infinito
del agua cuando extiende su bra-
[zo al espejo.

F. Ibernia «Tránsitos» (1983)

SOY UN POBRE VAQUERO SOLITARIO DE ORIGEN IRLANDES Y DE FAMILIA MUY RELIGIOSA

Pierdas las noches
y a sólo contar tus pasos
alcance tu perdido poder,
no odies nunca este jardín.
Aquí enseñaron de Calímaco
y de cierto publicita (sic),
o poeta, no se sabe bien,
escribió una ópera...
...Hombre rudo. Jugaba a la máquina.
No lejos nació Solana,
fabricante de papiros.
Nunca escaparás, y si notas
bajo la luna, nocturno el Owl,
un nuevo arriate de flores oscuras:
punto de contrición rápido.
Estarás muerto y tu nombre, Miris.

Del libro Blackowl y otros, Logroño, 1980.
Pedro Santana (1960)



A. R. Dalmatu: «Furia».

ORIENTE

en la inculta región de aquellos
[ricos
¡Oriente! un pájaro de espuma
consumido en las manos del actor
el chambelán maravilloso príncipe
es decir: en las únicas manos ecu-
[ménicas.
Ya perdí el Universo: elegía
y no pasa de ser una penosa celda
este cinematógrafo de flautas
el pabellón de Flora.
¡Oriente! a espaldas a escondidas
el paraíso hospitalario
y la luciérnaga y la ciénaga.

Del libro «Teatro en llamas», Logroño, 1980.
Alfonso Martínez Galilea. (1959)

Sólo me queda regresar a casa,
acabar con el sueño de los preten-
[dientes,
nunca contar historias (fue nada
lo casual y nada ha sucedido),
en la alta noche recordar a veces
muros abatidos a través de un
[cendal,
esperar al que esperan a través de
[un tejido,
reconocer el hecho del amor.

José Ramo
Bañón (Teruel), 1945



V. Ochoa: «Estudio para paso de Semana Santa».

La risa suena turbia en la noche
y la canción se arrastra
dócilmente
por encima de la carne.
No hemos hecho otra cosa
que intentar, que proyectar sueños
en las pantallas del camino.
Por eso se nos han derrumbado
[las ilusiones
antes de desnudarlas,
por eso estamos aquí, solos,
metidos en la fragua de los re-
[cuerdos
blancos. Por eso no tenemos
más que ceniza entre las manos.

Por la calle pasa como una cas-
[cada
de música que turba el aire,
pero sólo hiere las fachadas, sólo
desentumece granos de tierra, só-
[lo pesa
cedazos de luz de los altos focos.
No penetrará. Sabemos de sobra
que esta música es la misma de
[siempre
—¿qué más da un fox que un kats-
[chtchok?—
la misma que parecía transpor-
[tarnos
al limbo de los años mejores.

Y es que la canción es como una
[inmensa
máscara de la corriente dolorosa
de nuestras vidas fofas,
como el estertor inútil de la
[agonía
de nuestras adolescencias.

Pasarán muchos siglos antes
de que se descubra la carencia.
Todavía sostendrán los sociólogos
[y los antropólogos
y los folkloristas que nosotros es-
[tábamos
andando entre palabras y poemas,
que nosotros teníamos metros de
[altura
en la barricada del sentimiento,
que nosotros pensábamos y lucha-
[bamos
en un océano de pleamares.
Pasarán muchos siglos antes
de que un historiador adivine
la lepra. Antes de que se sepa
definitivamente
que estuvimos vacíos.

Día 21-6-1968
(De Olor a Moho)
Manuel de las Rivas

La cultura: presente y futuro

Manuel de las Rivas

Sin meternos en las honduras sociológicas y antropológicas del concepto de cultura, limitándonos a lo que el vulgo de la sociedad burguesa suele entender como tal, el panorama de La Rioja no puede ser más raquítico. Porque lo que era al alborotear el siglo XX continuó siéndolo, con sus ligeros altibajos, hasta la guerra civil, y con más motivo todavía en los primeros años de postguerra.

Claro que permanece vigente en los estratos aldeanos una «cultura» de signo tradicional. Pero ni esa cultura ha conseguido, como era de esperar, superar el ciclón de las transformaciones de la era industrial, que llega en pequeños sorbos a La Rioja a partir de finales de los 60, ni puede hacerse con sus restos otra cosa que dedicarlos a la confección de monografías necesarias o al conveniente rellenado de museos etnológicos, de evidente interés.

Son las inquietudes por absorber, asimilar o potenciar las manifestaciones de la «cultura contemporánea», española y europea, las que ahora nos importan. Inquietudes que conllevan, entre otras cosas, el conocimiento serio y auténtico del pasado riojano y su aprovechamiento en todo aquello que pudiera tener de positivo. Inquietudes que exigen la salida del marco provinciano limitador y su superación dentro de las coordenadas de un sentido universal.

El año 1893 se publicaba en una imprenta logroñesa un volumen dedicado a la pluma de Francisco Javier Gómez, con el título de *Logroño Histórico*. Era un intento, limitado y pobre, de realizar una historia de la ciudad. Que, por cierto, sigue siendo el último. Pues bien, al tratar de la imprenta en la capital de La Rioja, Francisco Javier Gómez ofrecía datos que no se remontaban más allá de 1590. Pero resulta que el año anterior, el de 1892, se había celebrado en la Biblioteca Nacional de Madrid la llamada «Exposición Histórica Europea», donde, entre otras curiosidades, se hallaba a la vista del visitante menos docto un ejemplar del *Liber de oculi moralí*, del P. Lacepiera, con pie de imprenta logroñés de Arnaldo Guillén de Brocar, y como colofón, el año 1503. El bueno de Francisco Javier Gómez, destacado erudito y buceador de las glorias históricas logroñesas, no se había enterado de ello. Ese es exactamente un ejemplo característico de lo que llamamos «provincianismo cultural». Y esa era, poco más o menos, la situación de la cultura logroñesa el año 1893.

Cuando el año 1946, el día 27 de mayo, se reúnen en la Biblioteca Provincial de Logroño un grupo de «hombres de cultura» con la idea de fundar un organismo cultural consagrado «al fomento de los estudios riojanos», el núcleo base de dicho grupo lo forman el propio director de la Biblioteca y un funcionario que continuará en años posteriores su carrera en la capital de España. (Ellos dos serán el primer presidente y secretario, respectivamente, del Instituto de Estudios Riojanos y, asimismo, dos de los primeros investigadores serios y modernos del pasado riojano. Es otro dato que nos acredita cómo el «provincianismo cultural» permanece vigente avanzada la década de los 40.

Después, el Instituto de Estudios Riojanos, aprobado por el Ministerio de la Gobernación el 30 de noviembre de 1946, iniciaría una etapa de realizaciones, parca y limitada, enrolado dentro de los Institutos locales del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, sin apenas proyección fuera de su ámbito estricto, pero que suponía, y todavía supone, los primeros jalones para el conocimiento de La Rioja y de lo riojano desde una perspectiva rigurosa. A mediados de los 50, el Instituto, por carencia de medios económicos y por aislamiento en una provincia sin raíces culturales, entró en un largo bache del que no saldría hasta avanzados los 70. No obstante, en todo ese tiempo editó, con difusa y dolorosa periodicidad, una revista de investigación, *Berceo*, y un suplemente de carácter poético, *Codal*, que son las únicas fuentes de documentación y de bibliografía a las que se puede apelar cuando se quiere entrar en el análisis de la historia riojana o de la cultura en La Rioja (...).

Así estaban las cosas en 1946, y así seguían, con levísimas diferencias, el año 1975. Y si estas afirmaciones pueden tal vez entenderse constreñidas a un determinado tipo de cultura elitista, donde prima la investigación erudita o la discusión academicista, sería un entendimiento equivocado, tal vez por razones de optimismo o de falso gauchismo popular. Lo cierto era que la carencia de preocupación e investigación por el pasado se correspondía igualmente con la carencia de actividades de cultura de mayor radio de acción y de resonancia en las masas. Lo cierto es que no había teatro en la provincia, salvo el oficial de las campañas nacionales, que no había grupos poéticos, salvo esporádicos intentos minúsculos, que no había conferencias, salvo las de tono y relumbrón movidas por estos y los otros intereses, que no había pensamiento, salvo el de los políticos de cada hornada para obtener el lanzamiento hacia cuidades de mayor envergadura y significación.


JESUS RODRIGUEZ

El motor que hará posible aspirar a un cambio de signo, a un punto de inflexión hacia otros horizontes, no llega exactamente hasta el año 1973. Y se sitúa en el momento en que se realiza la concesión de La Rioja de un «Colegio Universitario», donde se podrán cursar los primeros ciclos de las carreras de Filología, Historia, Químicas y Exactas. Y el cambio de signo amanece en sus síntomas iniciales en los años 1976 y 1977, cuando a la existencia de estudios universitarios y de profesorado universitario se une la transformación política. El casi muerto Instituto de Estudios Riojanos entra en una etapa de florecimiento editorial, apoyado por la Diputación Provincial, y se vislumbra el apoyo a los trabajos de los investigadores riojanos, y los departamentos del Colegio Universitario abren vías inexploradas en el campo de los yacimientos arqueológicos, en el de la exploración sistemática del arte y la literatura riojana del pasado, en el conocimiento de la historia regional, pero muy singularmente en la apertura cultural hacia la ciudad y la región, con la llegada de conferenciantes, novelistas, poetas, ensayistas, estudiosos de la filosofía y del pensamiento. Entonces, al ponerse en marcha una motor que no había funcionado por falta de materia prima humana desde hacía tres siglos, es cuando se preludia un teatro montado por gentes de La Rioja, cuando se llega a editar, ya en los 80, una revista de literatura y hasta una colección poética, cuando florecen los cursos de cine, cuando el municipio da entrada en sus programas de cultura a preocupaciones olvidadas, cuando al fin hay una posibilidad de que en La Rioja la cultura tenga un lugar propio y se haga desde la propia tierra.

Que todo ello haya, además, coincidido con un proceso político de regionalización puede ser algo casual, algo que se inscribe en otros condicionamientos sociales y económicos de diversa índole y en los que ahora no vamos a entrar. A nuestro entender, el pivote fundamental alrededor del cual ha girado ese cambio de signo a que nos acabamos de referir, y que tan sólo ha comenzado a producir sus efectos de manera intermitente e incierta, ha sido la aparición de los estudios universitarios en la capital de La Riojá, junto con el aumento de centros de Bachillerato en las cabeceras de comarca, con la potenciación de estudios de grado medio, como la Ingeniería Técnica, las Ciencias Empresariales o el Magisterio, y con una mejora sustancial de los niveles educativos de la formación básica.

Tal vez pueda parecer exagerado un criterio que limita las fuentes de una transformación cultural a las que proceden de la implantación de estudios superiores y medios en el ámbito de la región. Pero para el que conoció La Rioja de los 50 y de los 60 no puede caber la menor duda al respecto. El erudito de pacotilla, el investigador de afición, el amante de la patria chica, más que chica, enana, el diletante de las corrientes creadoras que circulan a muchos kilómetros de distancia, todos estos especímenes son el fruto del aislamiento cultural, de la falta de promoción del conocimiento serio sobre cualquier materia, de la chabacanería provinciana alimentada por la constante fuga de cerebros, titulados en Universidades más o menos alejadas del hogar. Y si a todo ello unimos unas condiciones económicas excelentes, unos niveles materiales de vida que permiten la cómoda inmersión en el consumismo analfabeto, tendremos los mimbres con que ha venido haciendo el cesto de la vida riojana durante más de doscientos años.

Que la conformación de una autonomía propia puede significar una ayuda decisiva a que ese giro cultural se decante, se amplíe y se potencie está fuera de toda duda. Pero con ser teóricamente buena la autonomía política, tiene en su contra dos peligros extremos: el de conformarse con los flecos falsificados de una «cultura popular» que en realidad está muerta desde hace mucho tiempo, y que sólo es, en última instancia, populacherismo retrógrado, o el de pretender repetir la suerte del dirigismo cultural centralista con otra suerte de dirigismo cultural, esta vez desde el propio, pobre y triste culturalismo hortera de la región inmadura.

De cómo se propicie la política cultural por el gobierno de la región pueden depender muchas cosas, desde luego. Pero, sobre todo, a nuestro entender, el porvenir depende de cómo funcione en La Rioja la política universitaria. El acceso de La Rioja, desde el ancestral analfabetismo, a la cultura, aunque sea con minúscula, pasa inexcusablemente por la piedra de toque de la Universidad.

Extractado de un artículo del autor aparecido en el «Boletín de la Fundación Juan March», n.º 143, diciembre de 1984.

Sugerencias para excursiones de interés histórico-artístico

Resulta difícil describir en pocas líneas la propia tierra, tierra a la que los musulmanes llamaron *Veled Assikia*, tierra de acequias, por los ríos que descienden del sistema ibérico hacia el Ebro creando lujuriosas huertas a su paso.

Esa riqueza y su estratégica situación en el valle del Ebro, ruta natural por la que durante siglos han afluido las culturas centroeuropeas y mediterráneas, han contribuido a que La Rioja sea una región pletórica de atractivos artístico-culturales.

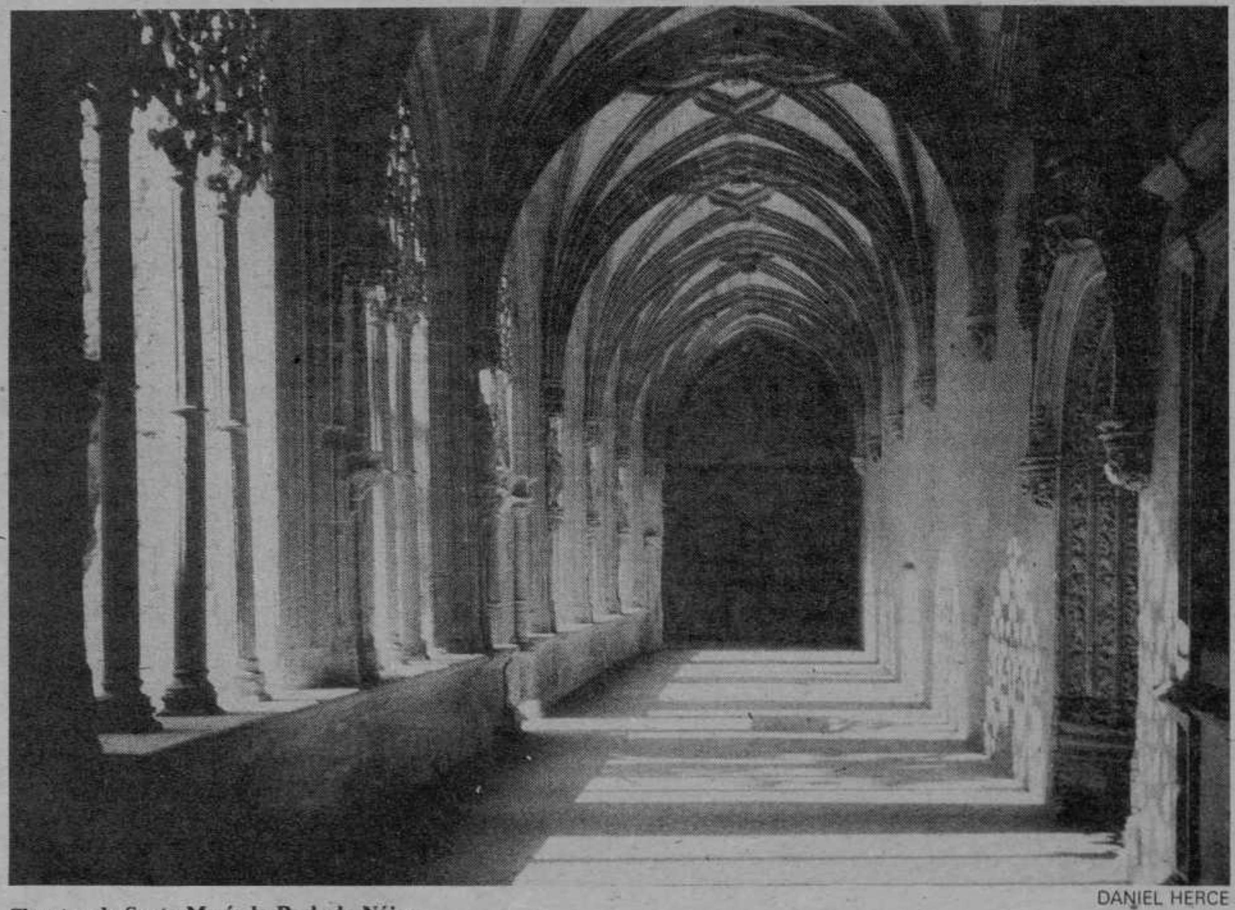
Una excursión al poblado de La Hoya, emplazado al pie de la sierra de Cantabria, o a la imponente fortaleza de Contrebia Leukade, levantada sobre un cerro inmediato al río Alhama, permite al visitante conocer el *modus vivendi* de sus antepasados prerromanos.

Las ruinas del acueducto de Alcanadre, construido sobre el Ebro para cubrir las necesidades de *Calagurris* (Calahorra), y del puente Mantible, alzado sobre el mismo río para comunicar el país de los Berones (entiéndase La Rioja) con las tramontanas tierras alavesas, son excelentes muestras del fenómeno romanizador en nuestra región, atravesada de Este a Oeste por las vías I y XXXII del Itinerario Antonino.

Esas vías pasaban por *Tritium Megallum* (actual Tricio), cuyo calificativo *Megallum* (la Grande), servía para diferenciarla de otras ciudades del mismo nombre. De su importancia dan fe sus alfares de *terra sigillata* y la impresionante basílica paleocristiana de Santa María de Arcos, edificada en el siglo V sobre un mausoleo romano. Para su erección debieron de aprovecharse las columnas corintias del antiguo monumento funerario, cuya altura era de diez metros.

Las invasiones de los pueblos germánicos (visigodos...) provocaron la caída del imperio romano y fueron el punto de partida de un periodo oscuro en el mundo del arte y de la cultura. En La Rioja, no obstante, los aficionados a la arqueología pueden contemplar los restos de algunas iglesias visigodas: Las Tapias de Albelda, Santa María de Ventas Blancas... En esta última, con cabecera cubierta por una insólita cúpula sobre pechinas, se aprecia la influencia bizantina.

En tan decadente etapa surgieron, entre otros, los monasterios de San Millán de la Cogolla, Santa Coloma y San Esteban de Viguera; a la actividad de sus escriptorios se debe a que la cultura romana no llegara a extinguirse.


Claustro de Santa María la Real, de Nájera. DANIEL HERCE

Cuando la población hispanogoda capituló ante el empuje musulmán, se produjo el anquilosamiento del arte cristiano, el cual durante los doscientos años que duró la dominación no tuvo oportunidad de evolucionar.

Tras la incorporación en el año 923 de gran parte de La Rioja al reino de Pamplona, las viejas iglesias se restauraron. Al superponer, sobre el sustrato hispano-visigodo, formas andaluzas y asturianas, surgió una arquitectura *restaurada*, muy ecléctica, propia de la repoblación, de la que el *martyrium* de Santa Coloma es un buen ejemplo.

Más compleja fue la restauración de la iglesia del monasterio de San Millán de la Cogolla, a la que en la primera mitad del siglo X se dotó con un atrio que pronto fue sacrificado para convertirlo en las dos naves de un nuevo templo, consagrado en el año 959. Cuando el visitante que llega al monasterio de *Suso*, cuna de la lengua castellana, penetra en el Portalejo, se siente transportado por el túnel del tiempo al siglo XIII y, junto a las tumbas de los Siete Infantes de Lara, cree oír, entre los trinos de las avecillas que anidan en el bosque circundante, la voz de Gonzalo de Berceo recitando cuadernas.

Ya en el siglo XI, consolidada la monarquía pamplonesa en La Rioja, se levantaron templos de *nueva planta*. Sus estructuras, de raíz islámica, revelan el conocimiento que sus autores tenían del modo de construir de Al-Andalus. Los romeros que acuden a las ermitas de San Pedro y de San Andrés de Torrecilla, edificios de planta *quasi* circular y bóveda nervada, tienen la impresión de entrar en una jaima, mientras que los que van a la de Nuestra Señora de Peñalba de Arnedillo, dotada de arcos que confluyen en un machón central, la de acogerse a la sombra de una palmera.

La incorporación de La Rioja a Castilla en el año 1076, bajo el reinado del europeísta Alfonso VI, supuso el abandono de la hispanísima arquitectura del periodo repoblador y la introducción del arte románico, de carácter netamente europeo.

Movido por ese espíritu europeizante, Alfonso VI fomentó las peregrinaciones a Santiago de Compostela, cuyo camino fundamental atravesaba La Rioja, y protegió las empresas del santo ermitaño Domingo de la Calzada, quien después de trazar la calzada que enlazaba Nájera y Redecilla, levantar un puente sobre el río Oja y fundar un hospital en sus orillas, había creado una ciudad en torno a los mismos.

La catedral de Santo Domingo de la Calzada fue construida según el prototipo de templo de peregrinación, porque numerosos fieles se acercaban a ella atraídos por el popular milagro del ahorcado. El estridente cacareo del gallo y de la gallina que habitan en el interior de la misma, de la estirpe de los que participaron en dicho milagro, sorprende a los modernos peregrinos, peor informados, en general, que sus predecesores en el arte de caminar.

En La Rioja se levantaron muy pocos templos románicos con tres naves; la mayoría se construyó con una sola. Son iglesias rurales, pero por su particular encanto bien merecen una visita San Esteban de Viguera (decorada con frescos de fuerte sabor mozárabe), Santa María de la Piscina, San Cristóbal de Canales de la Sierra, Nuestra Señora de Tres Fuentes de Valgañón, Santa María de la Antigua de Bañares, las iglesias parroquiales de Tirgo, Ochánduri, Castilseco, Villaseca y un largo etcétera.

En nuestras iglesias es frecuente toparse con espléndidas imágenes románicas como Santa María de Palacio de Logroño, Nuestra Señora del Castejón de Nieva, Santa María la Real de Nájera y Nuestra Señora de Valvanera. Menos común es la escultura funeraria, pero la lauda de doña Blanca de Navarra y el cenotafio de San Millán son piezas excepcionales.

El turista que pise La Rioja no debe dejar de contemplar la singularísima arqueta de San Millán, conservada en el monasterio de *Yuso*, en cuyos márfiles, salvados de la francesada, se observa cómo la formación germánica de su autor quedó palidecida por los gustos hispano-musulmanes dominantes en el taller de eboraria de San Millán.

La arquitectura románica arraigó profundamente en nuestra región, donde pervivió hasta el siglo XV e, incluso, más en ámbitos rurales. Durante los siglos XIII y XIV el estilo gótico está ausente y, si aparece, lo hace asociado a formas románicas, como vemos en el monasterio cisterciense de Cañas. Sin embargo, dicho estilo se mantuvo hasta bien avanzado el siglo XVI.

Quienes visiten los vecinos monasterios de Santa María la Real de Nájera, panteón de los monarcas navarros, y de Santa María de Valvanera, sede de la Patrona de La Rioja, además de conocer dos maravillosos enclaves de nuestra geografía riojalteña, podrán apreciar dos buenas muestras de nuestro gótico del siglo XV. Si, por el contrario, se dirigen hacia La Rioja Baja, en la catedral de Calahorra, silla de la diócesis, encontrarán un magnífico ejemplar del XVI.

En los templos góticos riojanos se pueden hallar: portadas, como la de la iglesia de San Bartolomé de Logroño, imágenes marianas, como la de Nuestra Señora de la Esperanza de Logroño; crucificados, como el de Ochánduri; túmulos funerarios, como el de doña Urraca López de Haro, abadesa del monasterio de Cañas; sillerías de coro, como la de Santa María la Real de Nájera; retablos esculpidos, como el de San Miguel de Ezcaray; retablos pintados, como el de San Millán de la Cogolla y el de Torremuña, ambos en el Museo de La Rioja; piezas de orfebrería, como la esmaltada arqueta de San Formerio de Bañares y la custodia de la catedral de Calahorra, y claustros tardíos, como el sin par de Santa María la Real de Nájera.

Cuando se habla de castillos riojanos, siempre surge la imagen del castillo roquero de Clavijo, vinculado a la aparición del apóstol Santiago, pero existen otros muchos. Tal proliferación se debe a que durante siglos esta fue tierra fronteriza, primero entre cristianos y musulmanes, después entre navarros y castellanos. Nuestros castillos encierran gran atractivo para los excursionistas. Si ustedes ascienden a castillos montanos, como los de Jubera y Davalillo, se sentirán embargados por la emoción de la conquista. Si lo hacen a bastidas, como la de San Vicente de la Sonsierra y Briones, advertirán su valor estratégico en el pasado. Si visitan viviendas fortificadas, como las de Sajazarra y Cornago, comprenderán el poderío que tuvieron los señores que las habitaron. Si recorren las galerías de la fortaleza anexa a la catedral calceatense, entenderán hasta qué punto Navarra y Castilla se disputaron la posesión de La Rioja.

En el siglo XVI pocas iglesias se ejecutaron según cánones plenamente renacentistas, abundando, por el contrario, las de planta de salón (Santa María de la Redonda y Santiago de Logroño, Santo Tomás de Haro, Santos Cosme y Damián de Arnedo, parroquiales de Briones y Fuenmayor, etcétera), en las cuales se siguió haciendo uso de bóvedas estrelladas. No obstante, las portadas de algunos de estos espléndidos templos (Santo Tomás de Haro, convento de la Piedad de Casalarreina...) son ya de filiación clásica, como gran parte de la producción escultórica y pictórica que se alberga en ellos.

En La Rioja se pueden encontrar grandiosos retablos estofados, de los que, sólo a título de ejemplo, citaré: el de Santo Domingo de la Calzada, obra de Damián Forment; el de Abalos y el de San Vicente de la Sonsierra, obra de los Beaugrant; el de Alberite y el de Santa María de Palacio de Lo-

groño, obra de Arnao de Bruselas. De no menor entidad son las sillerías de los coros de las catedrales de Calahorra, Santo Domingo y Logroño. Además existen magníficos conjuntos de escultura funeraria, como la capilla de los Ponce de León en Santa María de la Redonda de Logroño, obra de Maestre Anse, y la de los Ircio de Briones, obra de Pedro de Arbulo.

Del riojano Navarrete *el Mudo*, pintor de El Escorial, son lienzos como el de San Miguel de la parroquial de Briones y el de la Magdalena de Santa María de la Redonda de Logroño. Si usted acude a contemplar este último, podrá ver, de paso, el interesante Calvario de Miguel Angel, que se guarda en esta catedral.

También son de excelente factura las abundantes rejas que cierran los coros y las capillas instaladas entre los estribos interiores.

Las casas palaciegas construidas en el siglo XVI conservan todavía resabios defensivos. Así, en la casa de los Quincoces de Briones esbeltos cubos flanquean la fachada de corte clásico. Tales elementos ya no hacen acto de presencia en las casonas barrocas. En los siglos XVII y XVIII, época en que la burguesía se esforzó por conseguir la hidalguía, fundando mayorazgos y levantando casas solariegas, La Rioja también se inundó de casas-palacio, en cuyas fachadas siempre campea el escudo familiar. Casas de sillería de La Rioja Alta y casas de ladrillo encadenado con mampostería en la Baja.

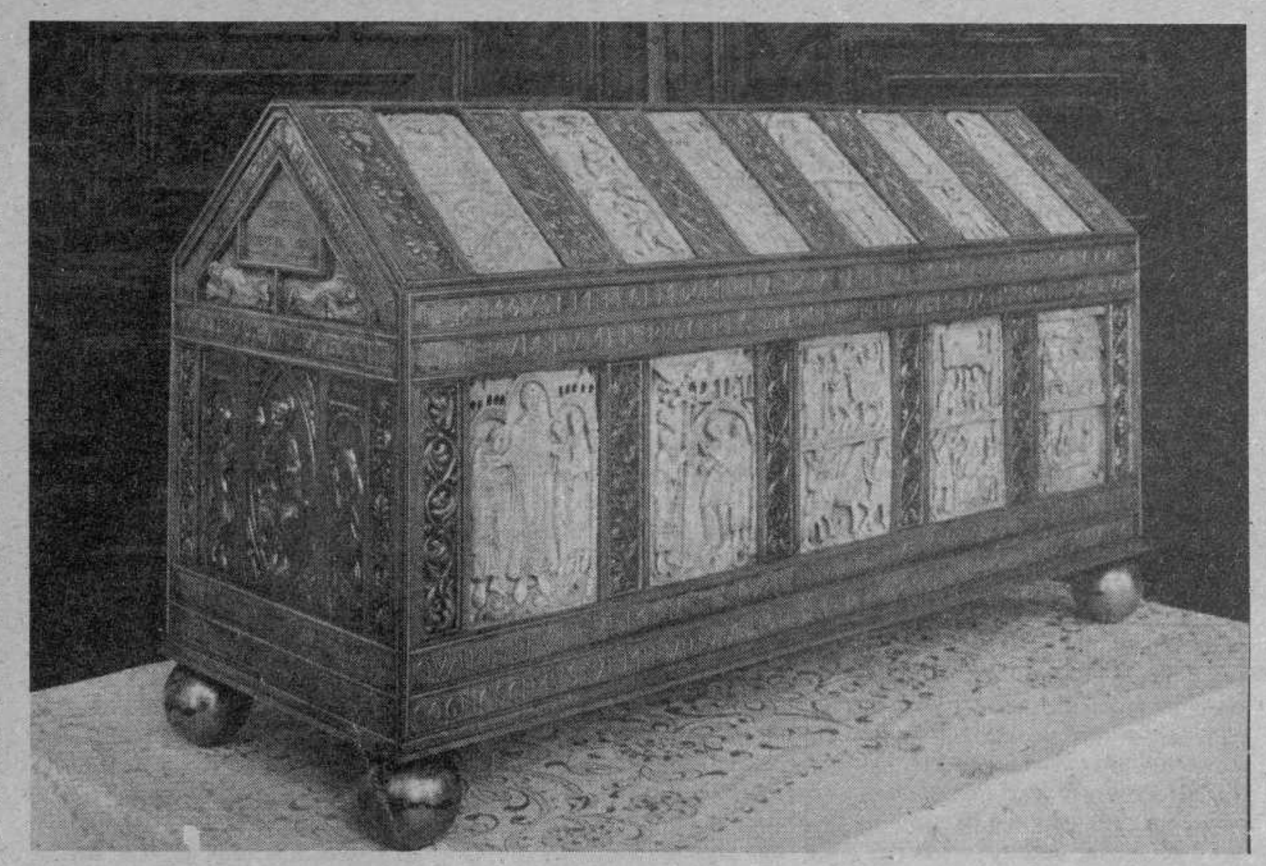
En cuanto a las obras religiosas que se acometieron durante el periodo barroco, nunca alcanzaron la grandiosidad y brillantez constructiva de las del siglo precedente. Son edificios de carácter secundario en los que hasta el siglo XVIII no se introduce la traza borrominesca. Los mejores exponentes se encuentran en: ermitas, como Nuestra Señora de Lomos de Orio; capillas, como la de Nuestra Señora de los Angeles de la Redonda de Logroño, y sacristías, como la de Santo Tomás de Haro.

Hablar de arquitectura barroca en La Rioja es hablar de torres. De Martín de Beratúa son: la de Briones, la exenta de Santo Domingo de la Calzada y las *gemelas* de Santa María de la Redonda, las cuales, junto con la soberbia portada a las que dan escolta creando intensos efectos de claroscuro, constituyen el mejor conjunto barroco de la región y el objetivo predilecto de las cámaras fotográficas de la mayoría de los turistas que nos visitan.

En el siglo XVII seguirán haciéndose grandes retablos. Juan Bazcardo, llamado el Gregorio Hernández del Norte, sembró con sus atormentadas imágenes las orillas riojanas del Ebro: Briones, Cenicero, Fuenmayor, Logroño, Calahorra, etcétera. Ya en el XVIII aparecen los retablos, como el de la Redonda, de influencia churrigueresca, con gigantescas columnas salomónicas cubiertas por hojas y frutos de vid.

El barroco riojano no contó con pintores autóctonos de valía. En el XVII se encargaron lienzos para la sacristía de Briones a Mateo Cerezo el Viejo y para el monasterio de San Millán a Fray Juan Rizzi. En el XVIII se instaló en Logroño José de Vexes, especialista en frescos, al que se debe la decoración de la bóveda de la capilla de los Angeles de la Redonda.

En la segunda mitad del XVIII, Ventura Rodríguez realizó la traza del Ayuntamiento de Haro, el cual se convertiría en el punto de partida de los nuevos gustos constructivos que iban a presidir el siglo XIX.



Arqueta de San Millán (siglo XI).

De corte neoclásico son algunos edificios civiles, como el Teatro Bretón de los Herreros, el Instituto Sagasta de Logroño y el palacete ocupado por el Consejo de Gobierno de la comunidad autónoma.

La arquitectura dejó entonces de ser esencialmente eclesiástica, y lo mismo sucedio con la escultura y pintura. Fue cuando se alzó el monumento al general Espartero en el paseo del Espolón, rematado por esa estatua ecuestre en bronce que es el símbolo de la ciudad de Logroño, y cuando se construyó su marmóreo mausoleo en la catedral de la Redonda.

Al iniciarse el siglo XX el interés por la antigüedad clásica fue desplazado por el interés hacia la Edad Media. Dentro de las corrientes medievalistas cabe destacar la neomudéjar, de la que la plaza de toros de Logroño es un buen ejemplar.

La carencia de un estilo nuevo llevó a los arquitectos a practicar el eclecticismo, a recopilar elementos de diferentes tendencias historicistas. Los edificios de la Escuela de Artes y Oficios y de la plaza de Abastos de Logroño pueden ser calificados de eclécticos, aunque algunos prefieran llamarlos modernistas. Lo cierto es que resulta difícil separar el modernismo del eclecticismo, del que es la manifestación final.

En esos momentos el arte se aburguesó. Concedió a la arquitectura doméstica, hasta entonces calificada de menor, mayor importancia. La pintura se dedicó a realizar los retratos de las familias más destacadas y la escultura sus panteones familiares.

La arquitectura funcional y racionalista de Carlos Moneo, autor del nuevo Ayuntamiento de Logroño, y la pintura abstracta del riojano Emilio García Moreda, depuradas de toda contaminación histórica, definen el momento artístico actual.

M.ª Angeles de las Heras y Núñez

Orientaciones bibliográficas

Hemos reservado un espacio para bibliografía pensando en quienes sin conocer La Rioja quieran aproximarse a ella. Verdaderamente se ha escrito mucho sobre esta zona. Se ha mordisqueado su identidad desde numerosos puntos de vista. Por eso realizar una selección es tarea comprometida y porque además la óptica de quien elige siempre coloca un inevitable filtro. La muestra, que seguidamente ofreceremos, trata de despertar curiosidades variadas. Hemos huido del carácter especializado y hemos preferido las obras que apuntan hacia visiones amplias. La finalidad es esbozar sugerencias, pero el lector no debería quedarse sólo aquí; hay muchos sitios en donde buscar y otras muchas cosas de interés. De todas formas, si de lo que se trata es de conocer esta región, mejor es venir a ella, descubrir sus rincones y, sobre todo, a sus gentes. Cualquiera tiene mucho que contar, si le sabemos preguntar.

ENCICLOPEDIAS Y OBRAS GENERALES

* Gonzalo Bergasa, D. (coordinador) y varios. **«La Rioja y sus tierras»** y **«La Rioja y sus gentes»**. Diputación de La Rioja. Logroño, 1982. El primer tomo resulta una síntesis geográfica en la que puede encontrarse abundante y variada información. El segundo tiene el mismo carácter pero dedicado a la evolución a lo largo de la Historia.

* García Prado, J. (director) y varios. **«Historia de La Rioja»**. Caja de Ahorros de La Rioja. Logroño, 1983. Tres tomos. Obra síntesis que expresa en toda su realidad el momento en que estaban en 1983 los trabajos de investigación en historia sobre esta provincia. Reunidos en colaboración un amplio número de especialistas con trayectorias profesionales muy diferentes han cubierto una variada gama de temas y periodos desde la prehistoria hasta nuestros días. Cuidada maquetación. Abundancia de cuadros ilustrativos, gráficos y fotografías.

* Iglesias Hevia, R. **«La Rioja de cabo a rabo»**. Caja de Ahorros de Zaragoza, Aragón y Rioja. Logroño, 1980. Varios tomos. Reportaje periodístico que nos conduce a una visita por cada uno de los pueblos de esta provincia. Salpicadas con detalles y anécdotas coloquiales se ofrecen notas sobre geografía, arte, historia, costumbres, folklore, producciones, formas de vida y otras peculiaridades.

* Calvo Palacios, J. L. **«Los Cameros»**. Diputación Provincial de Logroño, 1977. Tomo I, 300 páginas. Tomo II, cartografía. Estudio geográfico profundo orientado hacia la ordenación del territorio, en el que cobran protagonismo la vida y la ocupación de sus gentes. Las observaciones tienen un carácter diacrónico, por lo que también resultan de interés para los amantes de la historia.

* **«Colección de temas riojanos»** iniciada por José Manuel Ramírez en 1980. Asequible por su formato, precio y el tono de su contenido. Pensada para difundir aspectos culturales a un público lo más amplio posible. En 1982 se paralizó la colección, quedando sin salir algunos números, ya preparados, como puede verse por la relación del número 10, último en aparecer. Colaboraron: Larrea Redondo, A., «Los vinos de Rioja». Herce Galarreta y Ramírez, «Gastronomía». San Baldomero Ucar, «Cerveza del río Alhama». De la Iglesia, «Nájera». Sáez Alfaro, «Cornago». Abad León, «El marqués de la Ensenada». Moya, «Arte medieval». Morales de Setiem, «Los árabes en La Rioja». Ortiz Trifol, «Toponimia». Baró y otros, «Atlas de vinos de Rioja». Edita la Diputación Provincial.

* Heras (de las) y Núñez, M. A. Sainz Ripa, E. Saiz Morató, L. **«La Rioja»**. Experiencias didácticas. Anaya. Madrid, 1982. Pensado para ayuda pedagógica en colegios y escuelas de EGB. Iniciación al medio físico-humano, a la economía y a la Historia. Lleno de sugerencias para que el niño reflexione sobre su entorno y el adulto repare en aspectos que anteriormente no se había detenido a pensar. Abundantes mapas, fotografías y dibujos.

* Gonzalo Moreno, A. **«La Rioja, montañas y llanos»**. Diputación Rioja. Logroño, 1982. Colección de 36 diapositivas comentadas. Distribución comarcal en torno a los valles trazados por los ríos.

ARQUITECTURA

* Elías Pastor, L. V. Moncosi de Borbón. **«Arquitectura popular de La Rioja»**. Ministerio de Obras Públicas y Urbanismo. Madrid, 1978. Exhaustivo itinerario por los pueblos, observando sus arquitecturas, principalmente en lo relativo a técnicas, tipos, configuración espacial y social para relacionarlas con su medio físico y económico. Abundantes fotografías. Las últimas páginas están destinadas para un pequeño diccionario de términos arquitectónicos.

TRADICIONES Y LEYENDAS

* Elías Pastor, L. V. **«Apuntes de etnografía riojana»**. Unión Editorial. Madrid, 1980. Tres tomos. Boceto sociológico sobre la vida en la sierra de Cameros. Datos de interés, entre otros sobre la vivienda tradicional, el comportamiento pastoril, matrimonios, sistemas de propiedad y herencias, economía y mentalidad.

* Gil del Río, A. **«Historia y antiguas leyendas de La Rioja. Enigmas de una región»**. Zaragoza, 1977. Entre lo legendario y la religiosidad popular. Repaso a nuestras tradiciones llegando hasta las raíces beronas. Encontramos figuras como San Millán y Santo Domingo, apariciones como la del apóstol Santiago a los cristianos en Clavijo, conmemoraciones de valor ancestral como la de la ruptura del tributo de las cien doncellas a los árabes. Notas sobre la ruta jacobea y otras muchas noticias de profundo sabor antropológico.

ARTE

* Moya Valgañón y otros. **«Inventario artístico de Logroño y su provincia»**. Madrid. Ministerio Educación y Ciencia. Tomo I (1975). Tomo II (1976) y Ministerio de Cultura. Tomo III (1985). Exhaustiva recopilación de edificios civiles, conventos, castillos, iglesias, ermitas y monumentos de interés. Estudios básicos de planta y arquitectura junto a la ornamentación, escultura y pintura. Imprescindible para cualquier estudioso del arte.

* Moya, Ramírez, Ruiz Navarro, Sainz Ripa. Colección de diapositivas de arte en La Rioja con carácter didáctico. Unidad de la Cultura de la Diputación de La Rioja, 1980. En total 15 libros de bolsillo con una introducción y comentario a las imágenes. Compendia arquitectura, escultura, pintura y artes ornamentales, abarcando el románico, gótico y la escultura del renacimiento. Dos itinerarios de interés: la Sonsierra y el camino de Santiago.



«Pintura». JOSE CARLOS BALANZA

ENOLOGIA

* Llanos Gorostiza. **«Los vinos de Rioja»**. Indubán. Bilbao, 1973. Cargado de datos y curiosidades que ofrecen pistas de interés a nuevos trabajos sobre las zonas vinícolas y las distintas etapas vividas a lo largo de la Historia. Otras notas sobre técnicas, bodegas, participación en exposiciones. Termina con un pequeño diccionario de términos y voces riojanas relativo a los vinos.

Sobre este tema existen muchas publicaciones, patrocinadas por las propias bodegas y por las cajas de ahorros.

GASTRONOMIA

* Gómez, E. Martín Losa, F. **«La cocina riojana»**. Caja de Ahorros de Zaragoza, Aragón y Rioja. Logroño, 1981. Un buen número de recetas de platos típicos, principalmente basados en el pimiento. No faltan los espárragos, la popular «caldereta» y las patatas con chorizo. Otros utilizan las carnes (manos de cerdo, sangrecilla o caracoles) o el pescado (besugo, truchas, bacalao). Cada receta viene acompañada del anuncio de un restaurante.

* Anteriormente Adela Garrido publicó **«Cocina práctica»**. Logroño, 1975.

Existen también abundantes misceláneas de interés histórico, geográfico, económico, folklórico, etcétera, sobre cada una de las cabeceras de partido y sobre numerosas poblaciones. Muchas de ellas pueden adquirirse rebuscando por las tiendas de los propios pueblos. Algo semejante sucede con las guías de monasterios; citemos como ejemplo Cañas y Valvanera.

M.ª José Lacalzada de Mateo

María José LACALZADA DE MATEO: **La Rioja, 1852-1902: Un eslabón entre la tradición y el progreso.** Zaragoza, 1986, 120 páginas.

María José Lacalzada presentó en el homenaje a Tuñón (Santander, 1981) una primera aproximación a la historia del movimiento obrero en La Rioja. Trabaja desde entonces en ese tema, si bien lo presentado en este libro, de muy grata presentación y estimulante lectura, se reduce a la segunda mitad del XIX, mientras trabaja en el resto hasta nuestros días. La perspectiva utilizada es muy singular, manejando la autora en muchos casos una metodología propia y un lenguaje muy personal, que a veces llama la atención por lo infrecuente en este tipo de estudios, las más resulta creador de un clima decididamente buscado. No era fácil hacer historia social —más allá de la mera reseña del «movimiento obrero»— de La Rioja, que carece aún de suficientes monografías generales sobre su época contemporánea. La busca de datos ha sido cuidadosa y puntual. La interpretación de los mismos, llegando a hablar de un «microsistema riojano» al servicio de la tan deseada identidad autónoma, acaso algo amable, si bien es cierto que las doctrinas social-católicas de un lado, la burguesía emergente del antiguo régimen, por otro, la sociedad rural discretamente acomodada, en fin, suponen un colchón suficientemente mullido, al menos hasta comienzos del siglo XX, de conflictos que sin embargo subyacen y, más pronto o más tarde, como la propia autora habrá podido constatar al acercarse a las décadas de los 20 y 30, surgen violentamente.

Una sociedad, pues, en compás de espera, con obras de beneficiencia que, como en la época ilustrada, quieren seguir sirviendo de pararrayos a los problema de fondo; que con el mensaje católico —se echa de menos una profundización en el tema carlista— aplaca de momento actitudes y conciencias. Un libro, en fin, interesante y estimulante, por el que creemos que la autora debe sentir satisfacción y ánimo para continuar.

E. F. C.

José Ramón Marcuello:

«Hay que respetar la unidad de cuenca en el Ebro»

«La Confederación Hidrográfica es la única solución para un control conjunto y solidario, sin prepotencias, de todas las Comunidades Autónomas»

«Raudas como rayos, manadas de gorriones hacían su entrada en la ciudad cruzando el río a borbotones, como en un rápido rosario de escuadrillas escandalosas y parduzcas. Exactamente igual que en una operación de guerra, las oleadas de plumas salvaban el Ebro tras sobrevolar el Arrabal, dejando a un lado las suaves volutas del Puente de Piedra pintadas de cobre y, al otro, las atrevidas arcadas del Puente de Santiago, sobrecargadas ya de la cotidiana procesión de bocinas y de luces de posición, diminutas como luciérnagas. Con los buches rebosantes de semillas rapiñadas por las huertas del Gállego, las escuadrillas de gorriones perdían altura al pasar sobre la hermosa Estación del Norte —huérfana ya de aquel entrañable hormiguear de adioses, de abrazos, de viejos maleteros con sus blusones de dril en un incesante ir y venir por andenes envueltos en el suave algodón del vapor madrugador y del dulce picor de la carbonilla—, y, como kamikazes a las órdenes ciegas e inapelables del instinto, iban cayendo en picado sobre las manchas de plátanos polvorientos que salpicaban la ciudad...»

Ya ven: no me he resistido a copiar un largo párrafo de *La busca*, un magnífico relato con el que José Ramón Marcuello obtuvo el primer accésit del concurso sobre «Zaragoza, calles y callejas» convocado en los Pilares del 81 por el Ayuntamiento zaragozano. El premio, menudo pulso, se lo llevó José Javier Barreiro. Y luego dicen que nuestra narrativa —la que ha dado, en el exilio español, claro, a esos jovenzanos espléndidos como Ignacio Martínez de Pisón, Conget, Latorre, etcétera, amén de los que se obstinan en seguir aquí— es alicorta. ¿No serán otras cosas?

A lo que íbamos: este muchachón fornido y de voz tiernamente sobrecogedora, que el próximo 25 de febrero pasará la barrera infalible de los cuarenta, nació en Jaca «el año de la muerte de Manolete» y, como todo montañés que se precie de los dos últimos siglos, ha bajado al valle con el zurrón lleno de proyectos y ambiciones, añorando siempre la tierra alta como punto de referencia de muchas cosas, pero con los pies sobre esta otra, cotidiana y polvorienta en la que, amante fervoroso de la noche, la terraza en verano y el figón en invierno, la copa con los amigos, la larga charla, la broma y el sueño despierto, siempre resulta posible sobrevivir de ánimo a poco que te lo propongas.

No necesitaba JR —apelativo chungón desde la cosa de *Dallas*, que nos consiente a los amigos— de esos enormes bigotazos a lo Fu-Manchú, sin los que seguro podría camuflarse en medio del paseo Independencia sin ser reconocido. No, porque su personalidad es recia como el buen vino y su contacto, inevitablemente, deja poso y, si te descuidas, mancha o achispa: lo que no hace nunca es dejarte cabezón. Como debe ser.

CURRICULO DE MAL ASIENTO

Algo de culo de mal asiento tuvo siempre, y si no, vean el pequeño y abreviado «currículo»: tras los Escolapios en Jaca, de que no parece guardar muy buen recuerdo, comienza la carrera de ingeniero industrial en Barcelona; cambia luego, ya en Zaragoza, y se hace maestro en la Normal; estudia luego Periodismo en Madrid, en la Escuela Oficial. Sus primeras armas en la que será su profesión de por vida, las hace en *El Correo Gallego*, de Santiago, a donde va con Teresa, su mujer, y donde nacerá Amaranta, su única hija, ya catorceañera y guapetona. Vuelve otra vez al solar y entra en *El Noticiero*, acercándose desde el principio por ANDALAN, donde vive unos años particularmente intensos, desempeñando en época difícil el cargo de redactor-jefe para todo. Ocupará luego un cargo de responsabilidad y confianza en el gabinete de prensa del Ayuntamiento, en la primera época de Sainz de Varanda, y de allí pasa a dirigir el de la DGA, también con la confianza de Marraco. Leal siempre, si hace falta con dureza, su paso por esas instituciones y empresas ha dejado huella. Muy brillante con la pluma de cada día —robando tiempo al sueño escribe además, como veremos, creación de la de verdad—, su fichaje como redactor-jefe de *El Día* de Aragón ha sido un buen negocio para todos: el periódico, por muchos detalles, el público lector, claro, y él mismo, que está viviendo a tope ese periodismo voluntarista, de entrega plena, de aventura diaria, de escasez de medios y recursos humanos pero sobreabundancia de imaginación y ganas.

En narrativa, además del relato citado, fue finalista a los 24 años del Premio de Novela Ciudad de Barbastro y tiene, aunque guardados aún, otra novela, relatos, proyectos. Colaborador de la *Guía Secreta de Zaragoza* —tan secreta que hoy resulta agotadísima e imposible de encontrar—, hizo una *Guía de Jaca y sus Valles*, prologada por J. A. Labordeta y que resultó un notable éxito, y también una nada autobiográfica *Historia de los Bomberos de Zaragoza*. Pero posiblemente las dos cosas de que más orgulloso se siente como profesional sean una espléndida ponencia en las IV Jornadas de Estado Actual de los Estudios sobre Aragón (Alcañiz, 1981) sobre «Los medios de comunicación en Aragón» y la jefatura de la sección de Sociedad —educación, deportes, toros, fiestas y mil cosas más, un auténtico cajón de sastre en el que puso orden y concierto— de la *Gran Enciclopedia Aragonesa*.

LOS ENIGMAS DEL EBRO

Hoy, al sentarnos frente a él, en una veraniega tarde, cabe el balcón que cae sobre San Jorge, frente a San Carlos y los Morlanes, y también frente, por alzado, de los balcones mismos de ANDALAN, el motivo es muy concreto: aparte de las viejas ganas que un viejo periodista le tiene a otro casi tan viejo y diablo. El motivo concreto, el libro, a punto de aparecer, sobre *El Ebro*, editado por Oroel.

—Un libro que hace mucho que preparas, del que llevamos años hablando con ilusión y dedicándole tus mejores horas, más que a una buena querida...

—Sí, en diciembre hará cuatro años de trabajo y cinco de la idea.

—El río, entre tanto, bien recorrido, de arriba abajo y de abajo arriba.

—Sí, al menos unas ocho veces por carretera y dos más por el propio río.

—Y todo eso, ¿por qué?

—Hay una especie de antecedente atávico. Recuerdo como si fuese ahora mismo cuando bajaba con mi padre en el «Canfranero», el vértigo, la grandeza, la enormidad del Ebro al pasar el Puente de Piedra. Acostumbrados al Aragón y aquellos ríos del Pirineo, me parecía como el mar, algo insalvable, ancho, de color oscuro... Luego, desde que vivimos en Zaragoza, la inquietud se fue



Con José Antonio Labordeta y José Luis Lasala.

a saber de dónde viene el Ebro, hacia dónde va, qué aprovechamientos tiene, por qué las ciudades más importantes viven a sus espaldas.

—Eso, ¿por qué?

—Es un problema de incultura coyuntural. Como pasó durante mucho tiempo con el Támesis, y mira cómo lo han vuelto a revivir ahora.

—Pero eso no fue siempre así, en nuestro caso.

—No, no. En España ha habido una quiebra en la cultura fluvial. Desde el embalse de Ribarroja, hacia 1960, se ha frustrado la navegación. Antes se bajaba, se navegaba, había unas artes de pesca, la gente se bañaba sin el enorme riesgo de contaminación: ahí está el soberbio cuadro de Marín Bagüés, por ejemplo. Por otro lado, la moderna ingeniería ha hecho quebrar las barcas, los pontones, etcétera. Y, por otro, la industrialización ha permitido usar de los ríos a cualquier precio, sin obligar a poner medidas anticontaminantes. Claro, que la DGA ha estudiado ya la posibilidad de que ENHER cumpla lo previsto en su memoria e instale dos guías elevadoras en Mequinenza. Y creo que entonces el río se remontará.

(Discutimos sobre la rentabilidad del lignito, pobre en mi entender, de Mequinenza, apenas potenciado en la Primera Guerra Mundial). Y le pregunto por la importancia real del Ebro:

—Es el más importante río de la Península, desde todos los puntos de vista: hidrológico, económico, energético, histórico... Es un río clave para entender la indoeuropeización, la iberización, la romanización de la Península Ibérica. Y de un valor estratégico incalculable; lo tienen muy claro los romanos, los musulmanes, Napoleón, al establecer el Ebro como zona de retaguardia. Y la batalla del Ebro, en el 38, que es la que pone punto final a la guerra civil, prácticamente.

—Entonces, el Ebro ¿une o separa?

—No ha sido una barrera natural infranqueable nunca. Hay un enigma sobre cómo lo atravesaron, pero desde luego no separa. Más bien, de NO a SE vertebra un territorio con una economía y una historia común. En el «corredor» del Ebro las comunicaciones van hasta hace poco por la Margen Derecha, que es menos accidentada. Pero todo el valle es un total, no diferenciado.

—Sin embargo, políticamente, ha dado lugar a entidades bien distintas.

—Claro, todos los utópicos han pensado que era un nexo de unión entre tierras iguales, pero en realidad hay tres Ebros: el alto, de la España húmeda, de pluviometría alta y demografía alta, y economía agraria fuerte; el Ebro medio, de muy escasas lluvias (¡menos de 350 mm. al año!), lo que condiciona absolutamente la economía, la cultura, las formas políticas, y un Ebro inferior, ya plenamente mediterráneo, con una historia y una cultura muy específicamente tales. El Ebro *une* esos tramos tan diferentes. Eso es marxismo puro, pero estoy totalmente convencido de que el medio físico ha condicionado las culturas, la superestructura...

AGUA QUE DEJAMOS CORRER

—Y esa parte central, la aragonesa ¿es muy importante?

—Hombre, es que el Ebro es un río muy paradójico. Siempre ha habido un espejismo conservador, de reclamar el agua del Ebro para Aragón... ¡y el mismísimo Pignatelli tuvo que sacar el agua en tierras de Navarra para el Canal! Hoy ya es técnicamente imposible hacer algo así, para aprovechar nuestra cuota de Ebro. Lo que hay que hacer es acopiar la nieve y las aguas en las cabeceras de nuestros ríos. Esa es la idea política fundamental a la que he podido llegar.

—O sea que, ¿el Canal de la Margen Derecha...?

—No. Requeriría inundar media provincia de Alava y media de Burgos. El Ebro, me temo, seguirá pasando por Aragón de largo.

—Y los pueblos ribereños se enfrentan.

—Sí, puede ser. Pero en la misma comunidad también: por ejemplo, el contencioso Cabañas-Remolinos por los muros de contención. Pero en el fondo son culturas miméticas, idénticas.

—¿Y quién controla?

—Yo creo en la unidad de cuenca. Ese es el único camino. No se puede fragmentar en absoluto. Ese fue el error de la República con Cataluña: concederle la jurisdicción exclusiva sobre sus aguas.

—¿Qué pasa con los trasvases?

—Los trasvases no piden el sobrante, sino la exigencia de juris-

dicción lo que hipoteca aguas arriba.

—Para todo eso, ¿es aún una solución la Confederación Hidrográfica?

—Es la única solución. El problema es qué gestión se haga. Es el más lógico organismo hidrológico, por su conocimiento técnico y sin privilegios. Pero tiene que ser controlado realmente de forma conjunta y solidaria por todas las comunidades ribereñas. Que no hay prepotencias, que las comunidades autónomas tengan la capacidad política de sacar sus necesidades y de negociar. La capitalidad política, desde 1926, está desde luego en Aragón, y además Zaragoza es la capital histórica del valle del Ebro, no sólo por ser la ciudad más importante de ese territorio, sino por ser clave del río, como te decía antes, y bien lo sabían romanos y musulmanes.

—Este libro, que he tenido ya en mis manos en pruebas, con sus bellísimas fotos, la mayoría tuyas, su gran maqueta casi lujosa, es ya, ahora, en el momento del «parto», una gran satisfacción, supongo.

—Sí, estoy satisfecho de cómo queda, pero ya sabes que me gusta siempre más el trabajo que el producto. Todo es «manifiestamente mejorable», como las fincas andaluzas famosas, ampliable, sintetizable, en fin... Ahora, le coges cariño a los temas, las fotos, las cosas y te narcotizas. Yo creo que no está todo, claro, pero todo lo que hay *es* importante en el mundo del Ebro. Y está hecho, dentro de su limitación, con cariño y pasión más que con objetividad total. *El libro* total no se hará nunca.

—Es, sin duda, tu obra más importante hasta hoy.

—A la que más tiempo he dedicado también; y eso que con un par de años más hubiera hecho otro tipo de libro, quizá.

—Ha sido duro.

—Sí, trabajando a tiempo parcial, en fines de semana, vacaciones. Me resigno a veces a dejar sugerencias, guiños, apuntes, y que alguien con más tiempo o más capacidad siga con algo más sólido.

—Y ahora, con esta joya en las manos, ¿crees que influirá en una mayor vuelta hacia el Ebro?

—Sí, sí.

LA DUREZA DE ZARAGOZA

—¿Incluso en Zaragoza?

—No sé, quizá tenga razón Labordeta, Miguel, cuando habla del duro cierzo de la ciudad y sus gentes, o José Antonio, que dice que esta es la ciudad ideal para marcharse. Llena de buitres, ciervos y cucharachas. Yo creo que también me iría, si tuviera una opción importante.

—Y luego. a llorar.

—En lo alto de La Muela, pero no en la bajada. Mira, de esta tierra, los viajeros ensalzan siempre la dureza, el polvo, el ascetismo...

—Y la mala leche baturra.

—Es que el Mediterráneo ama la luz, la vida, ve pasar el tiempo, se ríe. Pero, ¡Zaragoza!: una ciudad que después del bombardeo de 1808-09 conserva los agujeros de los obuses encalados para alardear de haber sido bombardeada... Yo creo que sin la cordillera costero-catalana que nos aleja del Mediterráneo, seríamos un país de otra manera.

—¿Todo Aragón?

—Es que yo creo que Aragón es Zaragoza-capital y Huesca-provincia. No hay más. El Alto Aragón tiene una vitalidad económica y social grande, una vertebración entre las comarcas, una economía equilibrada, cerca de la frontera. Con el paso del tiempo, quizá esto se prolongue hacia abajo, pero no soy optimista de lo que pueda pasar aquí. Y hay cierta responsabilidad política. Creo que el Gobierno de la DGA no ha sabido reilusionar a los aragoneses con el proceso autonómico. Y sí, tenemos un gran sentido de la realidad —como dice Santiago Marraco—, pero la realidad es dura, porque no es que vayamos camino de nada, pero tardaremos muchos años en levantar cabeza.

Evocamos, otra vez más, aquel San Jorge del 78. Y volvemos al recodo por donde empezábamos, a esos cuarenta años que se acercan peligrosamente. Le pido su balance personal, a este hombre ciclotímico, explosivo muchas veces, cabreado y deprimido otras, aunque gana lo primero.



EL REPORTERO INDOMABLE

—Yo estoy muy contento y muy orgulloso de ser periodista. Me considero privilegiado por ello. Y por haber vivido una etapa histórica muy importante, apasionante, la última década del franquismo y la transición democrática. No sólo política, también profesionalmente, justo en un momento en que me abría a esta profesión y buscaba estar a gusto.

—Evoca cada uno de esos pasos: *El Correo.*

—Bautismo de tinta y primer contacto con la realidad de la profesión. Y con una tierra apasionante como es Galicia.

—El Noticiero.

—La posibilidad de haber hecho algo bonito... que no fue posible.

—ANDALAN.

—Hasta el momento, la experiencia más dura y más gratificante.

—El gabinete de prensa del Ayuntammiento de Zaragoza.

—Una etapa de transición.

—Y el de la DGA...

—La sintonía con un proyecto que aún está por realizarse al cien por cien.

—El Día.

—La satisfacción de saber que todo es posible. Y la gozada de trabajar con un equipo cohesionado, vital, joven, ilusionado y muy profesional.

—¿Y tu futuro?

—Eso es ya más problemático.

—¿No te apetece hacer televisión, por ejemplo?

—Sí. Me gusta todo el periodismo vivo y directo. Yo me considero un reportero y no voy a parar, aunque sea en peores condiciones económicas y profesionales. Me va la acción, el ser humano y su vida cotidiana, y sus grandezas y sus miserias, contar todo eso, ser un buen notario de lo que pasa. Añoro mucho eso y voy a intentar por todos los medios hacer eso cuando pueda. Me da miedo que la trayectoria profesional me lleve a puestos de organización —sin desdeñar la hermosura de ser redactor-jefe, etcétera—.

—Es que a tí te gusta mucho sacarle punta a las cosas.

—Bueno, es una cuestión de vitalidad. Yo soy poco reflexivo, no soy ni será un intelectual. Quizá se deba a una cierta angustia vital de lo que pasa y lo que dejas, y lo que puedes hacer y no harás nunca. Es que quiero hacer muchas cosas y vivir con intensidad. Me interesa prácticamente todo, de la gente, de las cosas.

—Doy fe de ello, entre estas plantas casi de invernadero, y los cuadros, y las docenas de ánforas y otras vasijas de cerámica, y, al fondo, bien lo sabemos tus amigos, la bicicleta, el guiñote, el «capazo» a tiempo o a destiempo.

—Mira, yo sigo con mi manía: falta periodismo de acción, reporteros. En España hay buenos columnistas, entrevistadores, etcétera, pero no eso. Y la vida, ya sabes, es como la cometa, que sueltas cuerda y la cuerda impide luego subir a la cometa; es dejarte pelos siempre en la gatera, sistemáticamente. Todos renunciamos veinte veces al día a cosas. Y, además, vas haciendo concesiones y te autoengañas. «Para mañana». Y no lo harás nunca.

O sí, JR, o sí; que tú eres sanamente terco, como para bajar dos veces el Ebro, para hacerte cincuenta kilómetros en *bici* a plena sudadera, para gritarle al lucero del alba tu independencia desafiante, compañero.

Eloy Fernández Clemente



Con Ruiz-Jiménez, Defensor del Pueblo, en el Ayuntamiento de Zaragoza.

Los cronistas de Aragón y el juramento de sus reyes

Las Cortes de Aragón han editado recientemente dos excelentes facsímiles, dentro de un proyecto de recuperación y reedición de textos sobre las instituciones aragonesas que había comprendido ya la *Forma de celebrar Cortes en Aragón*, de Gerónimo Martel, y la *Ilustración a los cuatro procesos forales de Aragón*, de Juan Francisco La Ripa.

La primera de las obras ahora reimpresa la constituyen los *Discursos políticos sobre la legislación y la historia del antiguo reino de Aragón. Del juramento político de los antiguos reyes de Aragón*, publicado en 1848 en Madrid, por don Javier de Quinto y Cortés, conde de Quinto. El voluminoso tomo (nada menos que 512 páginas en 4.º), comenzó a escribirse a raíz de su elección como académico de la Historia (1847), y es un detallado y concienzudo estudio sobre la no existencia del juramento de los reyes de Aragón (el «Nos, que valemos tanto como vos...»), aceptado por muchos historiadores hasta la aparición de esta obra.

En la cuidadosa tarea de estudio de textos y documentos aragoneses y extranjeros que pudiesen haber dado origen historiográfico a la expresión, Javier de Quinto logró romontarse a la primera edición de la *Franco-Gallia sive tractatus isagogicus de regimine regum Galliae et de jure sucesionis*, publicada por el francés Francisco Hotman en Ginebra (1575), con objeto de resucitar la autoridad de los estados generales en detrimento del rey. En 1598 la expresión fue modificada por Antonio Pérez en sus *Relaciones...*, con un objeto similar al perseguido por Hotman. Gracias al preciso estudio de J. de Quinto el mito de los Fueros de Sobrarbe fue, progresivamente, rechazado por los historiadores.

Hoy aparece esta magnífica edición con un interesante estudio preliminar, obra de José Pascual de Quinto y De los Ríos, en el que se analiza la vida y obra del que fuera primer conde de Quinto y se sitúa en 1565, la primera referencia conocida (Giovanni Seranzo) al juramento.

La segunda obra publicada en facsímil por las Cortes de Aragón es la del Conde de la Viñaza, *Los cronistas de Aragón*, aparecido por primera vez en Madrid, en 1904.

La obra puede dividirse en dos partes muy bien definidas. En la primera traza el autor una breve reseña de la vida y obra de los catorce cronistas de Aragón comprendidos entre Gerónimo Zurita (1548) y Pedro Miguel Samper (1707). Con ser interesante esta parte, cede en valor ante el «Apéndice», en que en 87 páginas de apretada letra, el Conde de la Viñaza nos dejó una amplia referencia de todo lo escrito y/o publicado por los cronistas aragoneses, así como de la documentación del contenido de cada documento; todo ello con su localización, y con breves reseñas del contenido de cada documento. Material historiográfico que no ha sido hasta la fecha suficientemente utilizado, pero que en el futuro puede permitir la profundización en el conocimiento de esta institución aragonesa.

La presentación y prólogo de la obra corresponden a María del Carmen Orcástegui y Guillermo Redondo, que han elaborado un amplio estudio sobre los cronistas medievales, tanto en Aragón como en el conjunto de los reinos europeos, que por lo que al Reino se refiere culmina a finales del siglo XV con Gauberto Fabricio de Vagad (M. C. Orcástegui), y sobre los cronistas de Aragón en los siglos XVI y XVII, fechas en las que los condicionamientos del poder político determinaron en muchas ocasiones las posturas que *debían* adoptar en sus obras (G. Redondo).

Se trata, por tanto, de dos obras imprescindibles, de consulta no fácil hasta la fecha, que vienen a formar parte de una colección cada día más prestigiosa.

Antonio Peiró



Novedades

Hace por este tiempo nada menos que 1.400 años del nacimiento de Braulio, obispo de Zaragoza. Y el ilustre aragonés, de Andorra, Sandalio Aznar, doctor en Parología y director del Centro Regional de Estudios Teológicos de Aragón y también del Instituto Universitario de Teología y Ciencias de la Religión de nuestra Universidad, ha hecho coincidir esa efemérides con la publicación de un libro sobre *San Braulio y su tiempo. El fulgor de una época* (Colección Dalmau de Mur, 2, Zaragoza 1986, 160 páginas) que es ejemplar en el rigor metodológico, la moderación argumental, la precisión de movimientos en una época de las más escasamente documentadas y de la que extrae la médula con acierto. Que el obispo zaragozano no pasó de erudición y clasicismo, pero que en ellos alcanzó una cumbre de su siglo en la Hispania visigoda, queda perfectamente sentado, así como algunos apuntes de la Zaragoza de su tiempo y los valores culturales y religiosos vigentes. Un libro, además, escrito la sencillez y la modestia de que siempre gozan los sabios. Un motivo de satisfacción, en tierra donde los estudios de historia socio-religiosa escasean como en desierto.

El Colegio Oficial de Ingenieros de Caminos, Canales y Puertos, ha editado como n.º 7 de la serie «Los Cuadernos de Cauce 2000», uno de José Ramón Marcuello Calvín sobre *El Canal Imperial de Aragón*; dieciséis páginas muy bella y profunsamente ilustradas en que el autor, redactor-jefe de *El Día* (y antes de ANDALAN) resume con eficacia y amenidad lo mucho que sabe del tema.

La DGA está editando unas sencillas, pero muy didácticas y directas «guías». Reseñamos aquí la que Miguel Lorente y Carmelo Marcén han redactado sobre *El lenguaje de las plantas*, referida a la flora aragonesa, y que es complemento de un vídeo realizado por el ICE de nuestra Universidad. Muy útiles dibujos de María Cruz Guillén, hacen del librito —justas las 50 páginas— un instrumento magnífico para la escuela.

El Ayuntamiento de Zuera ha publicado con el sencillo título de su topónimo, *Zuera*, un precioso libro (Zaragoza 1986, 96 páginas) con textos históricos muy acertados del profesor Guillermo Fatás y el sociólogo José Luis Fandos, fotografías muy bellas y oportunas de un amplio grupo de fotógrafos coordinados por J. A. Duce, y algunos textos breves del presidente Marraco, el alcalde J. Puyuelo, el que lo fuera antes Andrés Cuartero, y el senador Gonzalo Aguilé. Como dice Marraco, en Zuera un «modelo de modernidad», «camino de convertirse en el modelo de municipio de tamaño medio imprescindible para la vertebración y desarrollo armónico de nuestra comunidad autónoma». Una prueba.

E. F. C.

La suma elegancia de Amancio Prada

Habíamos quedado en efectuar la entrevista al día siguiente, domingo, 24 de agosto, de su actuación en el Rincón de Goya. Entrado ya en el mediodía, el cantante estaba cansado, y después de los clásicos minutos de charla preliminar, empezó a desarrollarse aquella en un ambiente, el del hotel zaragozano donde se hospedaba, aderezado con una música entre hortera y meliflua.

Amancio Prada, con un zumo de naranja consumido con tanta rapidez como fruición, habla lentamente —como paladeando las palabras—, palabras que suele cambiar conforme avanza su discurso, antes de dejarlas oír. Sus ademanes, como su vestuario, están presididos por una cadencia y armonía, evidentemente asumidos.

A veces, sus ojos se perdían, porque sí, en levitación álgida hacia el techo del salón. Más que búsqueda imperceptible, era, éste, un gesto repetido de los que conforman la personalidad de un individuo.

Pregunta.—Me parece que ésta ha sido tu cuarta o quinta visita a Zaragoza...

Respuesta.—Por ahí. Yo vine a Zaragoza por primera vez al Centro Pignatelli, y debía ser en el año setenta y... cuatro, cuando todavía vivía en París. Luego, volví dos veces al Teatro Principal, otra vez al Matadero, a un recital con María del Mar Bonet, y dos veces al Rincón de Goya.

P.—Esta vez presentas *Sonetos del amor oscuro*, de García Lorca. Me gustaría saber tu impresión sobre la acogida del público zaragozano, un público al que se tipifica como fundamentalmente frío, en cuanto a cuestiones líricas.

R.—Cuando canto los Sonetos por primera vez, no espero nunca una reacción delirante ni entusiasta, porque sé que el efecto y la aflicción de estos sonetos requiere mucho tiempo y conocimiento, así como una cercanía a la literatura lorquiana y a este mundo musical en que los he envuelto. Si lo que provocan en una primer audición es silencio y sobrecogimiento, para mí es el mejor inicio, y noto que esto sí lo consigue la interpretación de los Sonetos. Tú sabes que siempre nos apetece oír aquello que ya conocemos, reconocer en una palabra. En la música, el reconocimiento es lo que más reconforta. Si a esta primera audición de una obra le añades que no es una obra popular, ni en su contenido poético ni en su tratamiento musical, insisto en que este silencio es el mejor fruto para esta música, como, a nivel general, el silencio es la primera condición para toda la música.

P.—El hecho de escoger una estructura poética como los sonetos y el acentuado contenido metafórico y simbólico de esta obra ¿crees que permite el reconocimiento del público con el texto de Lorca, o se le escapa, por la lógica inmediatez de las canciones?

R.—Supongo que se le escapará, porque yo mismo no he descubierto toda la esencia ni toda la belleza formal ni de contenido que tienen los sonetos. Constantemente me estoy asombrando, a la vez que descubriendo nueva belleza en estos versos. Pero también sé que, cuando la música aplicada a un texto es la adecuada, confiere a ese texto una mayor transparencia y una mejor comprensión, que de por sí no tiene la lectura de un poema. Yo me he guiado por esa luz, y creo que, cantados, estos sonetos son más emotivos y más claros que leídos.

P.—¿Cuál ha sido la forma de componer su música?

R.—He utilizado, en este caso, un método de composición mental, sin apoyarme en ningún instrumento. A lo sumo, a veces partía de una breve sucesión de acordes a la armónica o al piano que me sugería una melodía aplicada a algún verso del soneto, positivamente desarrollaba este embrión musical que contenía la idea esencial de la pieza tarateándola, paseando, a solas, en silencio.

P.—Por cierto, se cuenta que San Juan de la Cruz, conforme iba meditando, iba tarareando también sus propias canciones. Hubiera sido bonito que las hubiera pasado a papel, para saberlo...

R.—Claro... Es cierto, sí. Además el caso de San Juan de la Cruz es curiosísimo, porque él nunca menciona la palabra «poeta», ni «poesía»: hablaba de «cancioncillas», e incluso pasaba copias a las monjas, de las que él era un poco el director espiritual, para que las cantaran como forma de oración. Es curiosa esta falta de grandilocuencia literaria en el mismo San Juan, siendo como es, yo creo, el poeta más excelso de toda la literatura castellana.

P.—Hay otra obra de San Juan de la Cruz, que se llama precisamente, *Noche Oscura*. ¿Crees que Federico García Lorca se inspiró en esta obra para escribir sus *Sonetos del Amor Oscuro*?

R.—La *Noche Oscura del Alma*, desde luego, es un poema preciosísimo, y es cierto que en los *Sonetos* de Lorca hay resonancias de San Juan de la Cruz, como las hay de Góngora, de Sor Inés —el cantante se refiere sin duda a Sor Inés de la Cruz— o de Quevedo. Especialmente éste último, es un escritor de sonetos perfectos, y esa perfección en el soneto es algo que, aparte de ser poesía, claro está, tiene como una lógica filosófica casi impecable, una resolución que le hace ser algo más que dos cuartetos y dos tercetos. Pero en el caso de San Juan, aquello de «Noche del alma, para siempre oscura...» está copiado casi literalmente.

P.—Tanto los Sonetos como el Cántico Espiritual, de que tú también hiciste una versión cantada, responden a una labor de alguna manera unitaria, una misma obra fundamenta un mismo trabajo musical. ¿De cuál de los dos trabajos estás más satisfecho?

R.—Yo creo que, siendo dos obras con un planteamiento similar, la resolución y la composición musical tienen poco que ver en un caso y en otro. Ambas pueden ser consideradas como obras de música de cámara, quizá de un modo más nítido en el caso del *Cántico Espiritual*. También el desarrollo unitario está más claro en este último, puesto uqe el soporte es un largo y único poema, mientras que los *Sonetos* no dejan de ser variaciones en torno a un mismo tema, aunque yo prefería cantarlos enlazados, sin que los aplausos fueran rompiendo el clima. Son obras distintas, y no vale la pena profundizar en exceso sobre las analogías.

P.—Desde que trabajas con Agustín Serrano has hecho nuevos arreglos del *Cántico Espiritual*, y de dos canciones de tu primer Lp. ¿A qué se deben estos nuevos arreglos?

R.—En cuanto al «Cántico», la razón es que me apetecía oírlo con piano, violín y cello, que es el trío clásico y tradicional. Uno puede experimentar en el ropaje musical y sorprenderse a sí mismo, porque en lo que se llama estilo no cabe evolución, ya que te viene dado y es una constante. Respecto a la *Canción de amor número 2* y al soneto *Por una senda*, de Miguel Hernández, ese disco de *Vida e morte*, que ya tiene doce años, fue grabado en unas circunstancias que hoy no aceptaría, porque estaba completamente afónico; habíamos suspendido la grabación dos veces y me parecía que ya no podía dejar escapar la tercera. Además de esto una canción va evolucionando con uno. Nunca queda terminada, está desarrollándose siempre, y quería aportarles la interpretación que me caracteriza a mí ahora, que no permanecieran como una foto de color sepia.

P.—¿A qué obedece la alternancia, constante en tu obra, entre poetas «clásicos» y actuales?

R.—No es una alternancia premeditada. En realidad, no doy ninguna importancia al hecho de que un poeta sea del siglo XII, que sea famoso o no. Me da igual. Lo que me importa es la obra en sí; que lo que haya escrito el autor me emocione, me diga algo. A partir de ahí me da igual que pertenezca a Bernal de Bonaval o al Rey Sancho I de Portugal o a Agustín García Calvo...



P.—Hablando de escritores, ¿por qué se conoce tan poco a Chicho Sánchez Ferlosio, de quien tú has interpretado no pocas canciones?

R.—Chicho es un amigo mío entrañable; yo le reconozco como el autor de más talento que hay hoy en España; pero en su carácter está el ser anárquico hasta más no poder, ser imprevisible «pasota», no en sentido peyorativo, sino en el de huir de muchas convenciones e itinerarios. El grabó un disco, *A contratiempo*, que no tuvo mayor difusión. Yo canto canciones suyas, que creo que es la mayor muestra de admiración y de aprecio que pueda mantener hacia él.

P.—Volviendo a los *Sonetos*, en su especificación has contado con la colaboración de Lluís Pasqual. El hecho de tener a Lluís Pasqual de director escénico ¿quita un poco de espontaneidad al desenvolvimiento del cantante?

R.—No, porque tampoco soy un maniático de la espontaneidad. Más bien, creo que en el arte las cosas deben de estar medidas. Sí se puede dar una sensación de frescura, de espontaneidad, si quieres, pero eso suele ser fruto de una larga reflexión sobre cómo hacer las cosas. Yo planteé a Lluís Pasqual que colaborara conmigo a la hora de interpretar en directo estos sonetos porque, desde hace mucho tiempo, vengo asumiendo la liturgia del escenario, la liturgia dramática. Pienso que, desde el momento en que uno sale a un escenario, aunque no sea más que para pronunciar unas palabras, o dar una conferencia, o cantar, o lo que fuere eso es teatral, tienes que asumirlo, y en este caso no se trataba de convertir un recital en un montaje teatral ni en nada espectacular, sino simplemente que los elementos que intervienen allí, desde la disposición nuestra en escena, o de los instrumentos, hasta la ordenación del espacio, la luz, la escenografía, por simple que sea, quería que respondiesen, además de a un criterio mío, que estaba involucrado como una pieza más del «puzzle» que en escena se desarrolla, al criterio de alguien con talento y con saber, al respecto, desde fuera. En ese sentido y sobre todo de cara al Teatro María Guerrero, se trabajó con Lluís Pasqual, presentándose el recital con una escenografía que no traemos en gira porque no es posible.

Más temas surgieron en la conversación con Amancio Prada: repasamos su discografía y, sobre todo, nos contó que su próximo trabajo tendría, también, un modelo unitario: el conjunto de Cantigas escritas por Alvaro Cunqueiro. Eso sí, Amancio Prada seguirá alternando estas obras «monolíticas» permítanos el término con los habituales discos de canciones...

Angel González Pieras. Esteban Peralta.

Los sonetos y su musicalización

Era muy importante, a la hora de enfrentarse con la adaptación musical de estos sonetos, que el autor de la labor respetara la unidad básica de la que está impresa la composición literaria de García Lorca. Algo semejante ocurrió en el anterior trabajo de Amancio Prada, 1977, sobre el «Cántico espiritual» de San Juan de la Cruz. Todo ello no evitaría, obviamente, que algunas composiciones en particular poseyeran mayor resonacia o brillantez, sobresaliendo del tono general y conjunto. Es lo que ha ocurrido, a mi parecer, con la musicalización del «Soneto gongorino...»; del «Soneto de la guirnalda de rosas»; del «Soneto de la carta» o del titulado «El amor duerme en el pecho del poeta». Pero, insisto, ello no debería ser un obstáculo para el desarrollo de la cualidad enunciada al comienzo de este artículo. Y no lo ha sido. Las variaciones musicales existentes en el conjunto de la obra sólo son las necesarias para evitar la repetición de los acordes, sin emponzoñar la unidad temática y de estilo de los sonetos. En ese sentido, Amancio Prada ha dotado a la composición de una estructura básica y genérica en la que están inmersas, con coherencia, las distintas estructuras menores que forman la musicalización de los respectivos poemas. Lástima que la personal ordenación de éstos empañe, levemente, lo antes afirmado. En efecto, tal y como nos comentó el adaptador musical, la distribución de las canciones a lo largo del recital ha sido arbitraria, por lo menos en lo temático. Hubiera sido conveniente, no obstante, un cierto detenimiento en esta labor.

Una lectura detenida de los textos de García Lorca lleva a la conclusión de que, a pesar de esa unidad comentada (que se materializa en los conceptos y metáforas que salpican el texto de los sonetos), las apetencias y miedos del escritor parecen distintos de un poema a otro. En el soneto sin título, el único existente con esta característica en la colección, se hace evidente, en su primer terceto, la petición del poeta: «Huye de mi caliente VOZ de hielo/no me quieras perder en la maleza/donde sin fruto gimen carne y cielo». La anterior preocupación del autor se repite en el soneto «El amor duerme en el pecho del poeta», en el que éste oculta a su amor dormido en su pecho «perseguido/por una VOZ de penetrante acero», debido al temor ante «las turbias PALABRAS que «han mordido/las alas de tu espíritu severo».

Ese temor ante la voz o la palabra externa, símbolo de diversa interpretación, o sus nefastas consecuencias en el hecho amoroso, se interrumpe en el «Soneto de la carta» en el cual el amante espera «en vano» la «PALABRA escrita» de su amor, terminando el discurso con el desesperado deseo de que éste llene «pues, de PALABRAS» su «locura».

Amancio Prada, a la hora de conformar el orden de los poemas, coloca al «Soneto de la carta» entre los dos anteriormente citados. No creo que sea la ordenación más adecuada. Si esa coherencia no es absolutamente exigible en el momento de la creación por parte del autor de los textos —al contrario, le da riqueza, no ya temática, sino de puntos de vista, o sentimientos, desde los que se aborda ese tema, alejando el posible encorsetamiento en el tratamiento de las variables amorosas—, sí hubiera sido deseable en la presentación que de ellos se realiza, máxime cuando, repito, no existe otro nexo de unión que la arbitrariedad en la ordenación de los poemas musicados.

Cambiemos de tercio.

Decía Manuel de Falla que cuando se adapta musicalmente un texto, sea éste popular o no, o lo que es lo mismo, conocido o ignoto para el público, lo que sí es exigible es que se perciba, a través de la música, el ánimo, sentido o sentimiento que se desprende de la lectura atenta de las letras que lo conforman. Esta regla básica se respeta en la composición de Amancio Prada. El cantante engarza con soltura con ese aire entre telúrico, melancólico y lírico que adjetiva plásticamente los sonetos lorquianos. Entiende perfectamente las numerosas deprecaciones existentes en el texto, ensalzándolas con las subidas de tono que tan magistralmente realiza su grácil voz, a la vez que dota a las metáforas, símbolos y alegorías latentes en los poemas, de un continente musical lo suficientemente versátil y lírico para que éstos, en una segunda o tercera audición, adquieran su significado preciso.

En este sentido, es muy de agradecer que, una vez iniciada la canción, y a excepción del soneto «Llagas de amor», no interrumpa el discurso largas pausas musicales que entorpezcan la continuidad de aquel; al contrario, cuando los solos instrumentales se evidencian es, de manera general —ya hemos señalado una excepción—, antes de que el texto haya empezado a ser recitado. La misma intención parece anidar en la repetición singular, dentro de la estructura de la canción, de alguna estrofa, terceto o cuarteto del soneto que en ese momento se musicaliza. Inteligente, por lo general, las elecciones —siempre aquella en la que descansa el núcleo temático del poema, sin por ello descuidar las partes comprensivas de las metáforas más hermosas— no cargando las tintas en repeticiones vacuas o simplemente estetizantes.

En suma, un mayestático trabajo el de Amancio Prada, digno de la carga lírica y literaria de los Sonetos.

Angel González Pieras

Antecedentes literarios en los «Sonetos»

ASCENDENTES LITERARIOS EN LOS «SONETOS»

«En esa gran región donde el
[amor, ángel terrible.
No esconda como acero.
En mi pecho su ala,
sonriendo lleno de gracia aérea
[mientras crece el tormento.»
(*Donde habite el olvido*, 1934. Luis Cernuda.)

Cada vez que resurge una obra desconocida de escritor célebre, desempolvando las telarañas que la guardaron, en un a modo de sueño de los tiempos, la primera labor, después de incardinarla en la trayectoria literaria de su autor, es buscarle influencias, engarces u otras zarandajas con maestros, precedentes o contemporáneos generacionales. Válida sea la actividad, siempre que sirva para mejor comprensión del texto neonato a la vida editorial.

Amancio Prada, a la hora de musicalizar estos textos, dejando en suspenso anécdotas con María Zambrano, y el evidente deseo de sumarse a la conmemoración del cincuentenario del asesinato de Lorca, aludió a la obvia importancia lírica del texto, muy en su línea de siempre, y a esa concomitancia que pudiera hallarse con un magno trabajo anterior: la *musicalización del Cántico Espiritual* de San Juan de la Cruz, realizado en 1977. En el debe, a la hora de elegir esta colección de poemas, se encontraba el que fueran sonetos, lo que dificultaba la adaptación musical por su especial composición literaria, en lo tocante al ritmo y a la construcción de la expresión debido a las exigencias métricas. No obstante, el cantante ya musicalizó, de forma, sin embargo, esporádica, algún que otro soneto: recuerdo, en estos momentos, el de su paisano L. López Alvarez, que con el título *Compañera*, introdujo en *Canciones de amor y celda*.

No va descaminado Amancio Prada cuando denota en el Lorca de los *Sonetos del amor oscuro*, influencia de San Juan de la Cruz, y ya no sólo del *Cántico Espiritual*, sino también de *Noche oscura del alma*, por el tono melancólico y de abandono en el que a veces parece encontrarse el corazón del poeta en el momento de la composición y por esa densidad lírica, de sugestivo hálito evocador, en la que tan bien se desenvuelven tanto el poeta granadino como el cantante galaico-leonés.

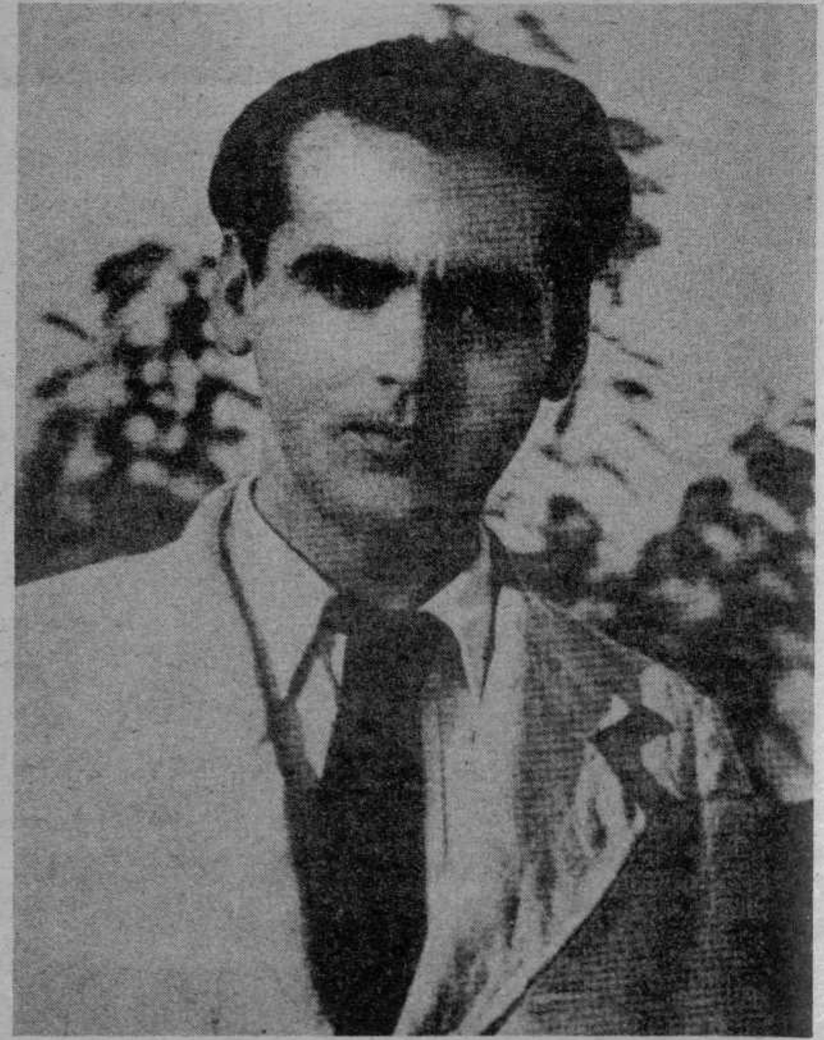
El entroncamiento, a la hora de la vivencia del amor, con la mística queda en latencia a lo largo de toda la composición, aunque a veces se haga literalmente evidente. A pesar de que los poemas adolecen de ese estilo directo, natural, y de la expresión realista existente en Santa Teresa de Jesús, cuando en el *Soneto de la carta* Lorca enuncia expresiones como «viva muerte» o afirmaciones como «si vivo sin mi quiero perderte», el remanente de la santa de Avila se hace presente. Diría, incluso, que toma figura corpórea cuando, en el escenario, y mientras desgrana el contenido de este poema, Amancio Prada —las manos juntas frente al pecho, la mirada perdida vagamente— parece esperar la venida del Espíritu Santo en forma de paloma (¿habrá leído la penúltima Encíclica de Juan Pablo II?) como en el famoso cuadro sobre la santa.

Siguiendo los comentarios sobre las influencias, contempla el cantante el ascendiente sobre estos textos de Quevedo, Góngora o sor Juana Inés de la Cruz. Desde luego que la empresa parece compleja; vamos a ir por partes, pues bastante de cierto existe en estas afirmaciones.

Creo que una de las cimas de la poesía amorosa, y curiosamente casi toda ella bajo la égida del soneto, puede encontrarse en Quevedo. Basta dar, para llegar a esta conclusión, simplemente gusto a los ojos con la lectura de los dedicados en *Parnaso* y *Las tres musas* a la desconocida Lisi (por cierto, espléndidamente agrupados por nuestro paisano José Manuel Blecua con el título genérico *Canta sola a Lisi y la amorosa pasión de su amante*). Si uno se detiene en el soneto *Peligros de hablar y de callar, y lenguaje en el silencio*, no tendrá por menos que admitir lo presente que estaba la obra comentada de Quevedo en el creador de los *Sonetos del amor oscuro*.

Comparto, asimismo, la opinión del cantante en cuanto a sor Juana de Inés de la Cruz (tan amante como Lorca de adjetivar de verde tanto emociones humanas —«verdes embelesos»— como más prosaicos sustantivos —«verdes vidrios»—). Por el propio comentario de Federico, se sabe su conocimiento y predilección por la escritora mejicana, la cual posee bellos sonetos amorosos, aunque no en cantidades ingentes. No creo, sin embargo, que se haya de cargar las tintas, en exceso, sobre esta ascendencia. Algo semejante ocurre con Góngora. Es, por supuesto, evidente la influencia del contingente metafórico gongorino no sólo en García Lorca, sino, en general, en toda la generación del 27 que, durante años, no cejaron en proferirle homenajes y reconocimientos. Supongo que en esa línea Lorca —*Sobre laurel de Grecia viento y suma*— titula uno de sus sonetos más hermosos, y más bellamente musicado, *Soneto gongorino en que el poeta manda a su amor una paloma*. Pero, para los años en que las opiniones más fundadas centran el origen de estas composiciones —1934, 1935—, el estilo literario lorquiano, basado en las metáforas, había asumido ya su propia personalidad —Carlos Bousoño nos lo ha recordado últimamente— una vez superado tamices simbolistas, modernistas y superrealistas.

En la búsqueda de precedentes literarios en los *Sonetos del amor oscuro*, que estamos realizando al albur de la opinión del padre de su musicalización: Amancio Prada, el cantante olvidó citar la obra de autores sevillanos de sonetos líricos de los siglos XVI y XVII, que indudablemente no faltaron en la biblioteca del autor del *Romancero gitano*. Nos referimos a poetas como Herrera, Juan de Jáuregui, Pedro de Quirós, Juan de Arguijo, Francisco de Medrano o Francisco de Rioja. Jorge Guillén se refirió, en alguna ocasión, al interés de Lorca por estos autores. Interés que no descansó sólo en la admiración como lector, sino que le movía, a modo de ejemplo, al estudio de las influencias de Horacio en las odas de Medrano. No concluyó este trabajo el poeta granadino; otro autor del 27, andaluz como él, y ávido recogedor, asimismo, en su poesía de la lírica resonancia de los clásicos sevillanos: Luis Cernuda, fue el que llevó adelante la labor académica. El resultado quedó plasmado en un bello libro titulado *Sonetos clásicos sevillanos*, que ha visto luz, recientemente, publicado por El Observatorio Ediciones. Estos escritores han estado presentes, como influjos literarios, en la obra de distintas generaciones de poetas andaluces, como bien recuerda el propio Cernuda. Algunos versos de Medrano, y lo cito a modo de precedente —«Mal supo amar, porque si amar supiera...»; «Ya sentí de la muerte el postrer hielo»; «Correr a largo paso por mis venas»— poseen una intensidad lírica, acento y expresión gemela a otros semejantes de las *Rimas* becquerianas.



Federico García Lorca.

Ya nos gustaría ahondar, descriptiva y comparativamente, en la influencia de estos autores de los *Sonetos del amor oscuro* —ay, el jugo que podría sacarse, en este sentido, del soneto *El dolor de la ausencia* de Francisco de Rioja—. No es éste el objetivo del artículo que ya va adquiriendo proporciones respetables para la finalidad con la que fue concebido: ilustración, al socaire de las palabras de su adaptador musical, sobre el remanente y la ascendencia literaria que pudieran hallarse en los bellos sonetos de García Lorca.

ANGEL GONZALEZ PIERAS

Vía Crucis hacia la luz

Sin duda era apetitoso el fruto: vender la exclusividad y la primicia en la edición de uno de los más bellos textos del, quizá, más mítico de los escritores españoles de este siglo. Tales faraláes enjaezaron la publicación, el 17 de marzo de 1984, de los «Sonetos del amor oscuro» por parte de ABC. No restemos ningún mérito a quien lo tiene. Pero habría que matizar, y eso pretendemos.

El soneto no es una composición poética desconocida para los autores de la Generación del 27. Ribeteado de todas las solemnidades o bien como regodeo satírico, poetas como Alberti, Dámaso Alonso, Gerardo Diego, Jorge Guillén, Altolaguirre, Prados, Hinojosa, Villalón, Bergamin y el propio Lorca lo utilizaron, unos con más intensidad que otros, en sus bibliografías particulares. No era de extrañar, un autor prolífico como el poeta granadino, sorprendido, además, por la muerte, que existieran ignotas algunas de estas composiciones. En los primeros números de la revista literaria «Caracola» ya salió a la luz el soneto dedicado «En la muerte de José Ciria y Escalante», que termina con ese bello verso «dedicado Giocondo amigo mío» recogido en diversas antologías y artículos sobre el escritor andaluz.

Razón posee Luis María Ansón cuando alude a las conversaciones con Pablo Neruda sobre la existencia de los «Sonetos del amor oscuro». En efecto, Pablo Neruda, como Jorge Guillén o Vicente Aleixandre, comentaban a quien quisiera oirles la posibilidad, ya apuntada, de su existencia, que por cierto no era secreto de Estado (otra cosa es que la familia otorgara su consentimiento para la edición). Ya es más dudoso que se refirieran, exactamente, a ese título, pues se ha discutido, y se seguirá discutiendo, sobre si Lorca había previsto esa denominación así como de la extensión definitiva de la obra. Quiero decir; no es concluyente que exisitieran sólo once, o que los once, conocidos formaran una «única» obra, lo cual no obsta para que ésta conste de unidad temática y de estilo.

Vayamos al conocimiento que exitía de los sonetos.

En la antología que Angel González, el poeta asturiano de la generación de 1950, dedica a los miembros del grupo poético del 27, publicada por Taurus en 1976, el apartado dedicado a Lorca recoge como «Poemas sueltos» el soneto «El poeta pide a su amor que le escriba». El antólogo lo titula así y no como actualmente se conoce: «Soneto de la carta».

Igualmente, a principios de esta década, no aseguro la fecha, pero bien podría ser entre 1980 y 1981, y patrocinado por la casa francesa Maer, dedicada a ediciones y exposiciones de arte, se publicó, con una emotiva introducción de Jorge Guillén y con ilustraciones de Rodríguez Acosta, cuatro de estos sonetos; concretamente: «Soneto gongorino en que el poeta manda a su amor una paloma», «El poeta dice la verdad», «El poeta pide a su amor que le escriba». La edición se hizo con el permiso de la familia y fue muy restringida, no sólo por los pocos números que se publicaron, sino, sobre todo, por lo elevado de su precio. Poco tiempo después, en 1981, en edición exclusivamente para amigos y a cargo de Rafael León, maestro impresor, Málaga 1981, aparecen recogidos estos sonetos ya con la denominación, al parecer siguiendo el consejo de Vicente Aleixandre, de «Sonetos del amor oscuro». La cubierta y títulos aparecían en rojo, y, hoy día, Rafael León, continuador de la saga de editores malagueños, en la que destacan, entre otros, Manuel Prados, Altolaguirre, Bernabé Fernández-Canivell y Angel Caffrarena, adjetiva esta edición como «indiscreta aunque no clandestina». El hecho de estar unicamente dirigidas a amigos, fuera del comercio editorial, así parece indicarlo.

Hemos señalado hasta aquí, el conocimiento de cuatro de los sonetos lorquianos. Será en el otoño de 1983, y fechado en Granada —aunque hay quien afirma que fue materializada en un pueblo de la provincia de Madrid, y a cargo de un viejo cajista de una imprenta allegada a la generación del 27— cuando publique los once sonetos objeto de nuestra genealogía editorial. La edición fue repartida clandestinamente en sobres poseyendo toda ella unos caracteres grafológicos ribeteados de rojo. Esto, unido a la cercanía con otros miembros de la Generación, en el campo poético y editorial, que disfrutaba el impresor malagueño, hizo que, entre el mundillo literario, corriera el rumor que había sido el mencionado Rafael León el padre de la edición. Nos consta, sin embargo, que más certeros son los que apuntan al cajero también con anterioridad señalado. En fin, que ya se conocían los once sonetos lorquianos. Aún, antes de los bombos y platillos de ABC, y poco después de la publicación no legal de Granada, aparecieron de nuevo, esta vez en Sevilla, en edición facsimil y en un papel blanco de poca calidad, los susodichos sonetos. Sólo se cambió, con respecto a la granadina, la portada y el pie de imprenta. Lo demás, hasta la cita de la fecha y la ciudad, se respetó celosamente. Es posible que ante esta proliferación, y sin obviar el trabajo del estudioso de «Poeta en Nueva York», Miguel García-Posada, obtuviera éste el permiso de la familia del poeta granadino para la publicación legal de los once sonetos. Ello ocurrió, ha quedado dicho, el 17 de marzo de 1984.

ANGEL GONZALEZ PIERAS